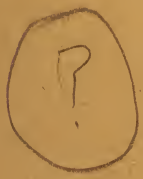
11007

Les

Tribuns de la



plebe

LOS TRIBUNOS DE LA PLEBE

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Dedicada á

D. Pedro Beugoa y Elejalde.

PERSONAJES

TIBERIO SEMPRONIO GRACCO, tribuno de la plebe, 30 años.
CORNELIA, su madre.
CLAUDIA, su mujer.
APPIO CLAUDIO, su suegro, senador.
FULVIO FLACCO, senador, amigo de Tiberio.
LICINIO CRASSO, Pontífice máximo, consuegro de Cornelia.
PUBLIO CORNELIO SCIPIÓN NASICA, senador, primo y enemigo de Tiberio.
AUREA, mujer de Nasica.
CORVINO, padre de Aurea, usurero.
SATURNEIO, tribuno de la plebe.
MARCIANO, patricio, amigo de Nasica.
PAMPERO, íd. íd. íd.
TACINIO, íd. íd. id.
VALERIO, patricio, 50 años.
SEPTIMULEYO, asesino.
DIÓFANES DE MITILENE, filósofo.
TRAGO, borracho.
LA SIBILA.

Ciudadanos, esclavos, sacerdote y sacerdotisas

La escena en Roma el año 133 antes de Jesucristo

ACTO PRIMERO

En casa de Nasica. Pieza ricamente decorada y amueblada, gusto griego. Un grupo de asientos á la derecha y otro á la izquierda. En el fondo, hacia este lado, salida á una terraza sobre un parque; medio muro en balcón rematando en una columnata que deja ver algunos árboles y estatuas, cierra el fondo. Por la izquierda una puerta por donde entran los que llegan de la calle. Otra puerta á la derecha, hacia las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA

AUREA y CORVINO sentados á la izquierda. Después SATURNEIO y VALERIO

AUREA — Tú, conoces mis antiguas relaciones con Tiberio... por lo demás, si he vuelto ó no he vuelto á pensar en él, ni él mismo lo ha notado...

CORV. — No lo habrá notado... ó no se habrá dado por entendido...

AUREA — (Irritada.) ¿Cómo? ¿Será posible? (Conteniéndose.) No lo ha notado, te digo... ni ha podido notarlo...

CORV. — ¡Aurea!

AUREA — ¡Y bien, aunque así fuese!

CORV. — Hija mía, eres poco dueña de tí misma y dejas traslucir demasiado tus sentimientos...

AUREA — Pues supongamos que, en efecto, Tiberio me obsesiona... que no puedo vivir sin Tiberio... ¿quién tendrá la culpa de esta situación?

677324

¿no fuiste tú quien forzando mi inclinación, me casó con Nasica, viejo, avaro y brutal?

CORV. ¿Cómo quieres que te hubiese dado en matrimonio á Tiberio? Aun suponiendo que él hubiera pensado seriamente en hacerte su esposa, que á tanto no llegaron vuestras relaciones...

AUREA Hubieran llegado sin tu oposición.

CORV. No, Aurea, ¿te olvidas de que eres mi hija? ¿te olvidas de que tu abuelo...?

AUREA ¿Otra vez la afrentosa historia?

CORV. Otra vez. ¡Me complace renovar con su recuerdo mis rencores!... ¡Reniega de tu padre ó desecha una idea que, aun siendo imposible de realizarse, me exalta!... ¡Y se ha dado Tiberio el placer de recordármela! ¿Conque aun tu padre al degradar al mío del orden ecuestre le perdonó la mitad de lo que había concusionado en el ejército de Africa? ¡Por Plutón y Proserpina que no ha de quedar en sus venas una gota de sangre sempronia! ¿Y las hijas no deben ayudar á la venganza de sus padres?... Tiberio, además, no tenía fortuna ni honores.

AUREA Es muy capaz de adquirirlos...

CORV. Nasica los tenía adquiridos. Casarte con él era conquistarle para mi causa y separarle de la de su primo Tiberio; yo me interponía entre los dos y el recuerdo de que habías tú venido á ocupar el lugar de la primera mujer de Nasica...

AUREA No te quejarás del servicio que te he prestado.

CORV. Pues qué, ¿querías disfrutar de la riqueza que tantos afanes me ha costado sin servirme de nada? En tu matrimonio con Nasica entraba la conveniencia mutua.

AUREA Claro. La vuestra.

CORV. Tú le aportabas una fortuna inmensa... El traía mucho... nosotros más.

AUREA La codicia de él y la tuya quedaron satisfechas...

CORV. Codicia... codicia... Otros no necesitan de la riqueza para ser considerados... la degradación la hace necesaria porque sólo por ella

puede ser fuerte... Yo no quiero la riqueza por la riqueza... la quiero porque es el poder.

AUREA ¿Aspiras á ser senador?

CORV. ¿Para qué? Soy más que senador y que patricio, soy el acreedor de muchos patricios que me tienen hipotecada con su hacienda, su honra, soy la esperanza de otros, soy el suegro de alguno, soy el tutor de los demás porque mi causa es su causa. ¿No lo ves? Nadie hay en Roma capaz de hacer frente á Tiberio más que yo, Nasica mi yerno y mis agentes y amigos... Sin mí, poco trabajo le costaría despojar á esa caterva de degenerados de sus posesiones de tierras públicas...

AUREA Por favor... no me hables de política... ya lo sabes... no quiero oir de ella... El hecho es que me casaste con Serapión.

CORV. ¡Ni en broma llames á tu marido con ese apodo sangriento!

AUREA ¿Sangriento? ¿Por qué? Lo sangriento es haberme vendido como una esclava á ese monstruo...

CORV. No tanto, hija mía, no es un monstruo. Es feo... es viejo para tí... pero no es un monstruo.

AUREA Está bien. Yo no soy una egoista... no me resistí á la voluntad de mi padre... Pero si ahora el corazón reclama sus derechos y sigue sus inclinaciones, no podréis echarme en cara las consecuencias de lo que habéis hecho...

SAT. (Entra por la puerta de la izquierda.) ¡Salud! (No le oyen.)

CORV. No, hija querida... Si yo sé muy bien lo que hoy en día os permiten las costumbres... soy más indulgente que nadie... Eres joven y hermosa, ¿cuándo mejor que ahora para disfrutar de la vida?

SAT. (Aparte.) ¿Eh? Escuchemos los sabios consejos de la experiencia. (Se para y oye.)

CORV. ¿Por qué he de impedirte que hagas tu gusto? Al contrario... ¿Que llegas á torturar el corazón de Tiberio y á descomponer su familia? ¿Que los celos envenenan más á tu marido contra el tribuno? Eso es todo lo que puede ocurrir..

AUREA ¡Qué bueno eres, padrecito!

SAT. (Aparte.) ¡Sapientísimos consejos!

CORV. Llevando las cosas con moderación, todo vendrá á parar, hija mía, en mi provecho.

AUREA Descuida. Sabré llevar el humor á Nasica.

CORV. En cuanto al otro, mucho me temo que te desdeña, ¡que no pueda jactarse de ello!

AUREA ¡Padre!... En fin... Mira, voy... (Se vuelve y se encuentra con Saturneio.) ¡Cómo! ¿Has oído?

SAT. No te alarmes, no he oído nada. Ni vosotros tampoco mi saludo...

VAL. (Entrando. Viste toga pretexta.) Salud... Aurea.

AUREA ¡Valerio!

VAL. Nasica, ausente por lo que me han dicho.. y no es que le eche de menos mi buena estrella...

CORV. No debe tardar en volver.

VAL. (A Corvino.) ¡Buen Corvino!... (Se acerca á la izquierda donde está Corvino y le da la mano. Aurea y Saturneio hablan entre sí.) Te veo feliz en medio de esta familia... Habrás dejado ya los negocios...

CORV. ¿Tan viejo me encuentras?

VAL. No, por cierto. ¿Pero no estás aún harto de dinero?

CORV. Ahora necesito trabajar para conservar lo adquirido. ¡Y nunca he luchado tanto! La plebe seducida por Tiberio ha dado en decir que debemos restituir al erario las tierras públicas que para mí como para otros muchos constituyen la principal riqueza... no por herencia... ni por compra... sino porque me han hecho cargar con ellas malos pagadores...

VAL. Y hete por este motivo metido en la política.

CORV. ¡Qué hacer! Nadie sabe defender lo suyo. Si no por mí..

VAL. ¡Sí que son trabajos!

CORV. Por cierto. ¿Tú sabes, aquel Canuleyo Tito? ¿no te ha acompañado en tu viaje?

VAL. Salió á la vez que yo de Roma. Y ¿por qué te interesas por él?.. ¿te debe algo?

CORV. En efecto... te contaré... Mientras llega Nasica .. (Se levanta.) Pero aguarda... creo oir su voz.

ESCENA II

DICHOS, NASICA, PAMPERO y más tarde MARCIANO y TACINIO. Por la izquierda entran Nasica y Pampero vestidos de mendigos. Cerca de la puerta del fondo Valerio y Corvino, Saturneio y Aurea están hacia la derecha

NAS. (Desde dentro al entrar.) ¡La canalla! ¡Me la pagarán!

VAL. (Mirando de alto en bajo á Nasica y Pampero.) ¡Calla! ¡qué veo! ¡si iba á mandar á tus esclavos que os apalearan por atrevidos!

NAS. (Malhumorado.) ¡Déjanos de bromas!

VAL. ¿Es que el dueño de la primera casa de Roma, Publio Cornelio Scipión Nasica, va á recibir desde ahora á sus invitados en traje de mendigo? Y tú, Pampero, de la ilustre descendencia de Numa...

NAS. Pero ¿dónde vives? ¿á qué esos aspavientos? ¿no sabes lo que ocurre?

VAL. Sí. Sé que Octavio ha sido destituído por el pueblo del tribunado, que la ley sempronia ha sido votada por aclamación y que, en virtud de ella, volverán al poder de la ciudad tierras que muchos privilegiados detentais indebidamente.

NAS. Mira, no nos saques de quicio...

VAL. Eso sé de lo que últimamente os preocupaba... pero...

NAS. ¿Y no comprendes que ese despojo es nuestra ruina?

VAL. No tanto. Os indemnizan.

PAM. ¡El patriciado desaparece!

NAS. ¡Roma se aniquila!

PAM. ¡El Senado no puede consentirlo!

NAS. Hay que reprimir, por cualquier medio, la insolencia de la plebe.

VAL. Todo eso está bien; pero ¿ese traje?

PAM. Fué una idea de Marciano. ¿Se nos reduce á la miseria?—dijo—pues que Roma vea claro la situación que se nos va á crear, que se asuste el pueblo de lo que va á hacer; vamos á presentarnos todos en el Foro, los unos vestidos de luto, los otros con trajes acomodados á la pobreza que nos espera. Y

en esta forma todo lo que hay en Roma de más ilustre se ha presentado esta mañana ante el pueblo.

VAL. (Irónico.) La gente se habrá enternecido.

NAS ¡El pueblo se ha reído de nosotros!

VAL. Se comprende. La idea es como de Marciano...

PAM. Un liberto ha tenido la osadía de ofrecerme una limosna.

MAR. (Entrando con Tacinio, pobremente vestidos de luto.) ¡Intolerable!

TAC. ¡Nauseabundo!

MAR. La plebe nos ha echado los chiquillos. Se nos metían entre las piernas, nos rodeaban jugando.

TAC. Aquello iba á acabar muy mal... si tardamos en retirarnos nos apedrean.

NAS. ¡Ah! ¡Tiberio, Tiberio! ¡qué traición á la patria de tus mayores!

SAT. ¿De sus mayores? Los nuestros son los que hicieron grande la república.

VAL. ¿Los tuyos, Saturneio?

SAT. Bueno... los de mis amigos... Pero los de Tiberio no. Tiberio no es patricio...

VAL. Poco á poco, que de eso tendríamos mucho que hablar.

MAR. ¿Qué, tú también eres de ellos? ¿un Valerio? ¿Esa es la novedad que nos traes de tu último viaje?

VAL. Querido Marciano, soy un espectador desapasionado. Pero, sobre todo, ¡yo no alterno con mendigos!

MAR. Vamos á mudarnos y podrás discutir con nosotros en nuestro ser natural...

VAL. Id cuanto antes, poneos la púrpura y la toga. ¿Desconocéis, ¡oh patricios! que la mitad de vuestra nobleza está en el traje?

MAR. No haces mucho favor á tu clase.

PAM. Se conoce que en la Siria has aguzado el puñal de tu sátira.

(Valerio les señala en broma é imperiosamente la puerta con el brazo extendido; queda próximo á Aurea con quien habla en voz baja.)

NAS. (A Corvino.) Tiberio me ha pedido una entrevista y debe llegar... Quiero que asistas á ella.

CORV. ¡Es extraño!... ¿Para qué?

NAS. Lo ignoro.

(Se han marchado por la derecha Tacinio, Pampero y Marciano. Saturneio, que está con Aurea y Valerio, se aproxima á Corvino y Nasica.)

ESCENA III

CORVINO, NASICA y SATURNEIO en el centro. A la derecha, junto á la puerta, hablan bajo AUREA y VALERIO

CORV. ¡Pongámonos antes de acuerdo! ¡Saturneio! ¿Tú eres capaz de hacer frente á Tiberio?

SAT. ¡Ah! poco á poco, Corvino. A Tiberio no le hace frente cualquiera. Soy vuestro amigo y si en mi cargo de tribuno procuro guardar con Tiberio las apariencias, estoy con vosotros de corazón. Pero, ¿sabes lo que es luchar contra Tiberio? Hoy Tiberio arrollará á quien se le ponga por delante.

CORV. ¡Qué equivocado estás!

SAT Cuenta con el entusiasmo del pueblo.

CORV. La plebe es inconstante.

SAT. El pueblo le idolatra.

CORV. La plebe le desamparará en el momento crítico.

SAT. No lo hará porque defiende sus intereses.

CORV. Lo hora porque es plebe y fácil de engañar. Confía siempre, Saturneio, en el poder, en la riqueza y en la fuerza. La riqueza es nuestra y no nos la arrancarán fácilmente de las manos. El Senado, es decir, el poder es nuestro. La fuerza militar es nuestra. ¿Qué nos falta? ¿el pueblo? Por poca habilidad que tengamos, el pueblo será también nuestro.

SAT. Veamos cómo.

CORV. Hemos estado poco hábiles. El pueblo abandonó á Octavio porque le vió tomar francamente el partido de los terratenientes. Aprendamos de lo sucedido, y ahora, para apoderarte de él, Saturneio, es preciso que le hagas creer que tienes por los intereses populares mayor celo que Tiberio.

SAT. Siendo así...

CORV. Tiberio ha hecho nombrar ejecutores de la ley á su hermano Cayo y á su suegro Appio Claudio. Con esta arma y con su populari-

dad es un peligro para la república, y ya hay quien dice (nosotros, por supuesto, que debemos repetirlo en todas partes) que aspira á la corona.

NAS. Mas ¿lo creerán?

CORV. ¡Sería la primera vez que este recurso fallase! Conviene, por lo tanto, que seamos más celosos defensores de la república que Bruto y de la moral que el propio Catón. Esta es, Saturneio, la misión que á ti y á tus agentes corresponde.

SAT. Procuraré cumplirla.

CORV. No vaciles en prometer. Si Tiberio ofrece treinta yugadas de tierra á cada ciudadano, acúsale de mezquino y propón que se le asignen cien. Tú consigue el poder que, teniéndole, aun cuando nuestras tierras se repartiesen, ya me arreglaría yo para recuperar las mías... y las de los otros. Tú, Nasica, ¿cuentas con los senadores?

NAS. Cuento con ellos. Mucio Scœvola va perdiendo autoridad. ¡Siempre la ley creando obstáculos para todo! Es demasiado amor á la legalidad el suyo.

CORV. Pues debes persuadirles de que no hay más que una manera de conjurar el mal; provocar, y si es necesario, promover el motín. El pueblo no tiene jefes, armas, ni disciplina: en la lucha legal puede vencernos: por la fuerza, será irremisiblemente vencido. Motivos hay pará acudir á la violencia. Tiberio aspira á la tiranía; Tiberio, vuelvo á decir, es el enemigo de la república.

NAS. No hay más remedio que acabar con Tiberio ¡como se pueda!

PAM. Todos los medios serán buenos.

CORV. (Sombrío.) Por si acaso, me ocupo yo de otros procedimientos que abreviarían...

NAS. ¡Corvino!

CORV. No es cuenta vuestra. Cada uno á lo suyo.

(Valerio momentos antes de finalizar este diálogo, durante el cual ha estado hablando aparte con Aurea, deja á ésta y se va por la derecha. Vanse por la derecha también Corvino, primero y detrás Nasica quien preocupado pasa por delante de Aurea sin fijarse en ella.)

ESCENA IV

AUREA y SATURNEIO

AUREA ¿Ves qué ternura la de mi marido?

SAT. ¡Aurea! no tiene derecho la mujer de Serapion á ocupar un lugar en esa cabeza donde fermenta en estos instantes la salvación de la república.

AUREA ¡Pobre Serapion! Dime, ¿por qué le llaman así?

SAT. A decirte verdad no lo sé. Serapion es el nombre de la célebre biblioteca de Memfis, archivo de todas las ciencias. Llamarán así á Nasica por sus profundos conocimientos.

AUREA Más que profundos, insondables. Nadie ha podido tocarlos.

SAT. Serapio es el dios ceñudo que en Egipto adoran algunos en el lugar de Júpiter. A la puerta del Serapion, que es su templo, habrás visto una solemne estatua con el dedo en la boca imponiendo silencio.

AUREA Como este es su género de oratoria preferido en el Senado, acaso por ello le han dado tal nombre.

SAT. En fin, no murmuremos... Y conste que si me he atrevido á hablar mal de Nasica en su propia casa ha sido para complacer á su mujer.

AUREA Conste. La dueña de la casa te perdona.

SAT. Y... ¿después de esta disgresión?...

AUREA ¿Te acuerdas de Agnaro?

SAT. ¿El mimo?

AUREA El mimo; aquel á quien dió Calpurnia cinco talentos por el permiso de besarle en la frente.

SAT. ¡Por sólo un beso!

AUREA Lo convenido fué solo un beso en la frente... La tenía hermosísima, justa, fuerte, luminosa, encuadrada en una corona de negrísimas sortijas y en medio de ella una depresión que parecía el centro de tantas perfecciones... En cualquier otro hubiera sido

un defecto, en Agnaro era un encanto más. ¿No recuerdas haber oído hablar de la estrella de Agnaro?

SAT. Sí, por cierto.

AUREA Pues bien, algo de eso tiene la frente de Tiberio. ¿lo has notado?

SAT. En verdad que no he caído en la cuenta.

AUREA Por eso empezó á interesarme... era la broma de mis amigas. Pero mi padre cortó bien pronto mi inclinación.

SAT. ¿Y eso es todo?

AUREA ¿No lo crees? ¿Por qué fingir? ¡A buena hora iba yo á hacer alardes de pureza ante ti!

SAT. Aurea, lo que es por mi parte, bien á mi pesar, nada sé contra tu virtud, como no sea á malas lenguas...

AUREA Perversas en efecto... y no esperes saber más de ciencia propia...

SAT. Pues, con todo eso... No serías la primera que pregonara sus triunfos y ocultase cuidadosa las heridas de un corazón lacerado por el desdén.

AUREA Eres obstinado.

SAT. Lo cierto es que os amasteis un tiempo...

AUREA ¡Pse! Un capricho...

SAT. ¡Aurea! ¿Por qué desconfías de mí?... Puedo ayudarte.

ESCLAVO (Que entra.) El tribuno de la plebe, Tiberio Sempronio Graco, pide vuestra venia para pasar.

SAT. ¡Mi colega!

AUREA Que entre. (Vase el esclavo.) Ayúdame, pues. ¿Qué me aconsejas?

SAT. Haz lo que se te ocurra... por ahora. Yo me alejo...

AUREA ¿Ese es el auxilio que me prestas?

SAT. Es lo que conviene de momento. Además, en la política, Tiberio me tiene por amigo suyo, y no debe suponerme íntimo en esta casa. Hasta luego. Te espero en el jardín... (Se va por el fondo.)

AUREA Bueno.

ESCENA V

AUREA y TIBERIO

TIB. Salud, Aurea.

AUREA Sabía que ibas á venir... son tan escasas las ocasiones en que te dejas ver por esta casa...

TIB. Vengo á hablar con tu marido.

AUREA Supongo que no te pesará hablar conmigo.

TIB. No por cierto. Solo que las cosas políticas de que necesito hablar no serán acaso de tu agrado.

AUREA Aborrezco la política... Sólo crea odios.

TIB. Hoy vengo de paz... á proponerles una transacción.

AUREA Propónmela á mí. Pues qué, ¿no es cosa de que también tú y yo lleguemos á una transacción?

TIB. Pero, ¿tienes poderes de tu marido para negociarla?

AUREA Tendría que ser sin ellos.

TIB. Pues entonces no valdría. Es algo bien serio lo que me trae aquí...

AUREA Jamás te he tomado en broma, Tiberio. ¡Tú me has hecho sentir lo único que he sentido de serio en mi vida!

TIB. ¡Oh, Aurea! Aquellos devaneos aun pueden ser con su recuerdo fuente de buena amistad entre tú y yo...

AUREA Sí... ¿te acuerdas?...

TIB. ... Siempre que los coloquemos en su sitio y no les permitamos salir á perturbar nuestra vida...

AUREA ¿Y no pueden sin perturbarla ocupar un lugar en ella?

TIB. ¿Por qué no? Entre los recuerdos... Es algo que no ha llegado á ser... aurora sin mediodía, flor deshojada antes de abrirse... menos aún... el amor que no alcanza á ligarnos en la familia.

AUREA ¡Tú tienes una familia!

TIB. Sí, Aurea, gracias á los dioses. Hazte fuerte dentro de la tuya y entonces recordarás risueña y serena los alegres tiempos pasados.

AUREA ¿Alegres? Ni los pasados ni los futuros. . Medio mal que sean divertidos...

TIB. ¿Serías tan amable que mandaras avisar á Nasica que le espero?

AUREA Decididamente no quieres tratar conmigo...

TIB. Por mi parte, si tu marido lo quiere, puedes quedarte...

AUREA No, gracias. Allí viene. Os dejo.

TIB. Hasta luego.

AUREA (Se retira hacia la puerta del fondo lentamente y volviéndose, según indican sus palabras.) ¡Desfallezco en su presencia... y me desdeña... ¡Ah! ¡ó su amor ó mi venganza! ¡Saturneio! ¡enséñame á ser fuerte! (Vase por el fondo.)

ESCENA VI

TIBERIO. Entran por la puerta de la derecha NASICA y CORVINO. Nasica viste toga pretexta

TIB. Os sorprenderá mi visita.

NAS. Anunciada como conferencia política...

TIB. Dos ejércitos enemigos luchan con encono, pero quienes los mandan necesitan ponerse de acuerdo sobre los que son intereses comunes.

CORV. ¿Y qué hay de común entre mis intereses y los tuyos?

TIB. No he venido á tratar de tus intereses, Corvino, ni de los míos, sino de los de la república. En obsequio á ellos cabe siempre una transacción.

NAS. ¿Transacción, Tiberio? ¿Hablas de transacción? Después de haber hecho destituir á Octavio por los comicios, después de que tus *viatores* le arrojaron del estrado de los tribunos delante del pueblo... ¿te atreves á hablar de transacción?

TIB. Con Octavio, á cuya buena fe hago honor, apuré los medios de la persuasión. Aquellas tierras que al conquistar Italia se reservó como de su propiedad la república, y que por singular privilegio cultivan unos pocos en su exclusivo provecho, á Octavio no le parecía justo que se restituyeran al erario

público, á mí me parecia de una justicia evidente.

NAS. Claro; como tu propiedad no es de esa clase...

TIB. Llegué á ofrecérsela á Octavio en compensación de las tierras que él perdía.

CORV. ¡Buena compensación para los millones de yugadas que á tantas gentes se arrebatan!

TIB. Concedí aún más, reconociendo una indemnización á los poseedores.

NAS. Pues entonces, si las pagas por su precio, ¡buen negocio para la república el adquirirlas!

TIB. ¡Espléndido!

NAS. Ruinoso; ¿quién las compraría después por lo que habían costado?

TIB. No eran tierras lo que Roma necesitaba.

NAS. ¿Pues entonces?...

TIB. Lo que buscaba al reivindicarlas eran ciudadanos... Sí, amigos míos, no os extrañéis: ciudadanos es lo que necesitamos, y á cualqnier precio á que se paguen será buen negocio el adquirirlos...

NAS. ¿Se dan en la tierra como las coles?

TIB. En la tierra se dan, ella los sustenta, en su trabajo se endurecen, de sus frutos viven.

CORV. ¿Pero acaso esas tierras están ahora improductivas?

TIB. Cierto... os producen trigo... con unos puñados de él arrojados en las ergástulas, entreteneis el hambre de los esclavos extranjeros que las trabajan; con el resto encadenáis á los hombres libres á vuestras ambiciones y á vuestros placeres... Y mientras, los ciudadanos romanos que han conquistado el mundo no pueden trabajar, ni tienen de qué vivir y son vendidos como esclavos con sus familias por sus acreedores... Esclavos es lo que producen en vuestras manos esas tierras. ¡Y han de producir ciudadanos! Pero, en fin, sobre estas cosas Octavio y yo no pudimos ponernos de acuerdo. Ambos éramos tribunos, apoderados del pueblo; éste, en una cuestión que tanto le afecta, estaba sobre él y sobre mí, y cuando comprobé que su resolución era inquebrantable,

acudí al pueblo mismo para que optara por su opinión ó por la mía. El pueblo se declaró contra él; la ley pasó ..

NAS. ¿Y es á echárnoslo en cara á lo que has venido?

TIB. No, Nasica. Os he querido mostrar que en el incidente de Octavio no han terciado de mi parte, ni él rencor, ni el amor propio.

NAS. (Bruscamente.) Bueno. Y ahora, ¿qué pretendes?

TIB. Vengo á hablaros en nombre de la paz.

NAS. ¡De la paz tú! ¡Es insufrible! Alientas con la perspectiva del botín los odios de la plebe, ¿y quieres que la república no se conmueva? ¿Quién sino tú agita el Foro y compromete la paz?

TIB. ¡Menguada idea tendría de la paz si la hiciera consistir en el silencio de los ciudadanos! Que los plebeyos se desentiendan de mejorar un estado de derecho que no les permite vivir y que se resignen á no tener en la república otra misión que la de votar á quienes les pagan su voto y aclamar á los que por ostentación y vanidad les reparten trigo ó les entretienen con espectáculos gratuitos, no es paz, sino envilecimiento y degradación. No es esa la paz de que vengo á hablaros.

CORV. Pues no sé, á la verdad, qué paz pueda ser compatible con esas innovaciones disolventes que pretendes llevar á todo.

TIB. ¿Innovaciones? Pero, ¿es que yo hablo en Roma por primera vez de estas cosas? ¿He pretendido nada que no esté desde hace muchos años ordenado en leyes que los patricios no han querido cumplir?

CORV. ¡Bah! ¡Leyes en desuso!..

TIB. ¡Ha llegado el día en que el pueblo es bastante fuerte para hacer que las leyes se cumplan por los poderosos!... ¡esta es la única innovación!... Que por lo demás, antes que bandadas de extranjeros, sustentaron nuestras tierras honrados ciudadanos. Las regaron nuestros padres con su sudor, ¿no es una irreverencia á su memoria abandonarlas á los esclavos?

CORV. El trabajo de los esclavos es bien antiguo.

TIB. Más antiguo es en Roma el trabajo libre, el que se acepta como un favor del cielo, el que restituye al feliz hogar al padre de familia orgulloso de sustentar con sus brazos á su mujer, á sus hijos y á sus ancianos, el que templa el alma para las nobles acciones y fortalece el brazo para blandir la espada en defensa de la patria. ¡No el que se impone con la afrenta y el látigo! ¡no el que agota las fuerzas del desdichado esclavo para satisfacer el fausto de su señor! ¡no ese miserable trabajo que degrada al hombre, que deshonra con sus cadenas la sagrada tierra que mantuvo á nuestros abuelos y que ofende con una vil colaboración á los dioses que hacen germinar los sembrados y los cuajan de mieses!

NAS. Acabemos. ¿Qué pretendes?

TIB. Pretendo eliminar de nuestras luchas el resentimiento y el rencor.

NAS. Pues elimínate á ti.

TIB. A eso justamente voy. Se aproxima la nueva elección de tribunos. Mi triunfo personal os exasperaría y por mi parte sacrificaré mi interés á la paz interior que se halla en peligro. Designemos en armonía otros candidatos cuyo triunfo os sea menos molesto.

NAS. No hay inconveniente...

CORV. (Interviniendo alarmado.) Poco á poco, Nasica, veamos. Tú, Tiberio, pretenderás que los designados sean de los tuyos, ¿verdad?

TIB. De los partidarios de la ley, por supuesto. Yo sacrificaré mi amor propio, pero no puedo hacer traición á los intereses del pueblo.

CORV. ¿Y crees que partiendo de ahí puede haber inteligencia entre los patricios y el pueblo?

NAS. ¡Imposible!

TIB. Considera, Nasica, que la situación de las cosas no es la misma que antes. Hay de por medio un hecho consumado, la aprobación de la ley y del sincero propósito de cumplirla hay que partir, porque tú te habrás hecho cargo de que el pueblo la quiere.

CORV. ¡A ver!... ¡ejecutadla! ¡Venid á apoderaros de nuestros bienes!...

TIB. No lo dudes, Corvino; el pueblo romano se hará dueño de lo que es suyo.

CORV. ¡Lo veremos!... Mientras tanto, esa paz que nos ofreces nos haría, tras de vencidos, tus prisioneros...

TIB. Si os reconocéis vencidos, confesad que es honroso para todos aceptarla.

CORV. No seas iluso, Tiberio. Tienes una confianza injustificada sobre lo definitivo de tu triunfo. Y, en cuanto á ese sacrificio de tu amor propio, habrá quienes crean en él, ¡allá ellos! pero muchos vamos dudando de si han llegado á sondearse los límites de tu ambición.

TIB. ¿Ambición al renunciar?

CORV. (Con rencor concentrado.) No renuncies, ¿para qué?... ¿Que eres elegido tribuno por segunda vez, cónsul... dictador?... hay quienes lo tienen pronosticado. El triunfo de tus leyes contigo, será más humillante para nosotros... pero acaso también más efímero. ¡Si al fin y al cabo, personificada en ti la reforma, es mucho más fácil de suprimir! (Hace un signo como de segar algo.)

(Estupor y momento de silencio en todos. Corvino y Tiberio se miran.)

TIB. ¡Me hago cargo! Eres capaz de todo. Si hubiera venido á tratar contigo, me avergonzaría de mi equivocación.

NAS. ¡Tiberio! ¡Es mi suegro! ¡Está en mi casa!

TIB. No pensé al venir á la casa de un Scipión que cobijase gentes de esa entraña...

NAS ¡Nos ofendes y no consentiré...!

CORV. Déjale. Justo es que corresponda al odio con el odio.

TIB. Eso no lo conseguirán mis enemigos. ¡Odiáis! ¡Qué mayor castigo podía desearos! Nasica, contigo venía á hablar y me voy convencido de que es inútil.

NAS. Completamente...

TIB. Pero satisfecho de lo que he intentado por el bien de la república. Los dioses os guarden.

NAS. Y á ti. (Tiberio sale por la puerta de la izquierda.)

CORV. ¡No volverá á hablarnos de paz!

NAS. Has estado demasiado duro.

CORV. ¡Y gracias!... que á poco caes en la red y les entregas las llaves para que saqueen tus arcas.

ESCENA VII

VALERIO, NASICA, MARCIANO, PAMPERO, TACINIO, SATURNEIO y CORVINO. Luego SEPTIMULEYO

Por el fondo entran Valerio y Saturneio y por la derecha Marciano, Pampero y Tacinio. Estos, Nasica y Valerio hacen grupo á la derecha. Corvino se sienta á la izquierda. Los cinco senadores visten los trajes distintivos del patriciado

VAL. (Del otro lado de la columnata.) ¡Hola! Al fin en vuestro traje natural.

MAR. Verdaderamente que el traje noble inspira pensamientos nobles.

VAL. Pues... ¿Por qué te hablaba yo de la nobleza del traje? Ya ves si es noble que suple, según tú dices, las funciones más nobles, las del pensar.

MAR. La verdad, el ajetreo político de esta mañana me ha cansado... (Se sienta repantigado en un sillón.)

TAC. ¡Hemos ganado nuestro salario! (Entra Valerio.)

MAR. ¡Para otros la política! ¡Qué grato es, amigos míos, olvidando cuidados, conversar apaciblemente en espera de que los esclavos extiendan en la mesa las argentinas fuentes y los humeantes manjares.

PAM. Pues yo opino que hay otra conversación aun más grata.

MAR. ¿Cuál?

PAM. La de después de comer.

SAT. Será acaso la más grata, no la más sabia. Hoy en día hay quienes creen que para resolver con acierto no se debe hablar antes de comer, ni comiendo, ni después de comer...

PAM. Pues ¿cuándo?

SAT. Después de no haber comido.

PAM. Exacto. ¡Bien por el tribuno de la plebe!

MAR. No está mal. La democracia se engríe, los

hambrones se encumbran; sin embargo, acertarán al fin y á la postre los que comen.

(Ríen. Saturneio pasa á la izquierda junto á Corvino.)

¿Pero por qué volvemos siempre á lo mismo... á un asunto que debía proscribirse cuando se espera la comida? Porque ¿no es verdad que la democracia huele mal?

VAL. Naturalmente, huele á humanidad..

MAR. Y ¿vale la pena de ocuparse tanto del asunto? ¿Quién puede temerla estando los patricios unidos?

VAL. ¡Nadie... á pocas batallas como la que habéis reñido hoy!

PAM. Aguarda un poco; otras reñiremos más decisivas.

MAR. Pues qué, casi todos los senadores, los colegios sacerdotales, y por añadidura tres tribunos, uno Octavio que sigue siéndolo para muchos, Lucio Rufo y Saturneio, aquí presente, todos estamos unidos ¿y sueña nadie con que la plebe se nos va á imponer? Es poco hombre Tiberio... Por cierto que Valerio ha tenido la habilidad de despacharnos antes cuando empezábamos á descubrir su inclinación por el tribuno.

TAC. ¡Quería encumbrarle al patriciado!

MAR. Le molestaba que se discutiese su nobleza.

VAL. En los buenos tiempos de Roma solo era noble la virtud.

PAM. Justamente; y por la virtud de nuestros antepasados somos nosotros nobles y patricios.

VAL. Ellos lo fueron por las suyas propias.

MAR. Y por la excelsitud de su origen. Es la superioridad de la virtud heredada sobre la adquirida.

(Mientras Marciano pronuncia estas palabras, entra por la izquierda Septimuleyo, que queda junto á ella. El Esclavo que le precede se acerca á Saturneio y le dice:)

ESCLAVO Septimuleyo espera tus órdenes. (Se retira. Saturneio y Corvino se acercan á Septimuleyo y hablan en voz baja con él.)

MAR. Hemos heredado un nombre noble de nuestros abuelos.

VAL. Sí. Pero ¿habéis heredado su nobleza?

MAR. Por supuesto.

VAL. Con hechos, con hechos hay que demostrarlo.

MAR. Nuestra superioridad la reconocen todos en la república. Más de una vez he oído contar de un abuelo del dueño de esta ilustre casa, aquí presente, que al estrechar la mano de un rústico (era en tiempo de elecciones), y al notar lo ásperas y callosas que las tenía—amigo—le dijo—¿es que andas á cuatro patas?—y el rústico se vió lisonjeado y agradecido porque Scipión Nasica le había llamado amigo suyo y á todos pareció bien.

VAL. Sí... pero Nasica no fué elegido edil...

MAR. Pero eso es saber guardar las distancias en el trato social.

VAL. Mis queridos amigos, ¡qué profunda pena me causa el ver de cerca, de vuelta en Roma, la decadencia de ese patriciado del que tan imponente idea se tiene en los más distantes países!—El Senado romano me ha parecido una asamblea de reyes- decía á Pirro su embajador: ¡Qué degradación!

MAR. Gracias, por lo que nos toca...

VAL. Nadie tiene en tanto como yo la noble ascendencia, pero á la mayor parte nos está mejor no recordar la grandeza de nuestros abuelos para que no resalte más nuestra insignificancia...

PAM. Eso va en gustos.

MAR. Y depende de la estimación en que cada uno se tenga.

VAL. ¡Oh, la estimación propia! ¡Cada cual se tiene á sí mismo por el eje del mundo! Pero podéis denigrar á Tiberio; los demás le estiman en más que á todos nosotros... Aparte de que, por sus antepasados, pocos podrán parangonarse con el que lleva el nombre tres veces ilustre del vencedor de Hannón y del conquistador de E-paña, con el nieto de Scipión el Grande, con el que por sólo ser hijo de Cornelia...

PAM. Ya... ya .. A eso habíamos de venir á parar. Por eso se dice que estuviste enamorado de ella.

VAL. Nunca he sido sino su admirador.

MAR. La admiración está á un paso del amor.

VAL. En efecto, y cuando se admira la belleza, ese es un paso hacia adelante; pero cuando lo que se admira es la virtud, es un paso atrás Déjate, Pampero, de niñerías; mi admiración por Cornelia está mas allá del amor... (Siguen hablando bajo.)

SEP. (Tiene el prurito de hablar enfáticamente. A Saturneio.) En esta forma no es posible. Me consta que Tiberio lleva una loriga de acero bajo la túnica y no sale á la calle sino custodiado por centenares de amigos. No sé por dónde ha tenido noticia de lo que preparábamos.

SAT. Y entonces, ¿qué se te ocurre?

SEP. No veo más que un medio. Sobornar alguno de sus esclavos domésticos.

SAT. ¿Habrá alguno que se venda?

SEP. ¡Qué hacer si no venderse!

CORV. Pues inténtalo.

SEP. En seguida; he dado ya algún paso. Pero...

SAT. ¿Qué?

SEP. No se venderá por cualquier cosa, el riesgo es grande.

SAT. Vamos, que necesitas todavía más dinero del que tienes recibido.

SEP. Por menos de dos talentos no se vende un esclavo honrado...

CORV. (A Saturneio.) No se puede regatear en estos trances. Con tal que nos quite de enmedio al tribuno...

SAT. (A Septimuleyo.) Puedes ofrecérselos...

VAL. ¡Ay, amigos míos! ¡Cuánto daría por haber sido menos inútil que vosotros á la república para tener derecho á reprenderos! No eran, no, ociosos engreídos, despreciadores de la plebe, aquellos de nuestros abuelos que echaron los cimientos de la grandeza de Roma. Eran los hermanos mayores de la familia, los gestores de los intereses de todos, y por ellos, en las ocasiones sacrificaron su vida. Así ilustraron su nombre y nos colocaron á sus hijos en un lugar preeminente, que sólo los servicios prestados á los demás son un título al agradecimiento de la patria.

MAR. La sirvieron, pero á distancia de la plebe...

VAL. Te engañas, Marciano, que ellos mismos tenían las manos callosas y cuando Roma necesitó confiar el mando de sus legiones á hombres capaces de salvarla, los diputados del Senado los encontraban, como á Cincinato, junto al arado. (Valerio, que hasta aquí se ha expresado con familiar abandono, pronuncia con emoción y dándoles la entonación apropiada las palabras que siguen. Luego vuelve á la misma ironía de antes.) Pues ¿qué creéis? La virtud es la raíz de toda grandeza, y en cuanto ella se daña, languidece el poder de las naciones y fenece su libertad, ¿por qué es grande Roma? La virtud de sus hijos la ha hecho fuerte y triunfadora...

MAR. Y la voluntad de los dioses que la han instituído por cabeza del mundo.

VAL. ¡Los dioses! Los dioses, en efecto, protegen la virtud; pero cuando la virtud haya desaparecido de nuestra ciudad, ¿seguirán protegiéndonos? No. Entonces Roma perecerá, como perecen todos los pueblos corrompidos. (Siguen hablando bajo.)

SEP. Yo estoy sin un as...

CORV. ¡Nunca acabaremos...!

SAT. Ya sabes dónde encontrarle... la cabeza de Tiberio te valdrá una fortuna...

SEP. ¡No se me irá esa pieza! Pero si no empezamos enseñando... (Hace signo con las manos de manejar dinero.) ¿cómo nos van á creer capaces de pagar lo prometido?

CORV. ¿Cuánto quieres?

SEP. Siquiera quinientos dineros...

CORV. Cuenta con ellos. (Siguen hablando en voz baja.)

VAL. ¡Qué distintos de los de antaño son los tiempos que corremos! El fácil tono de no hacer nada, el cuidado de las maneras elegantes y de las relaciones ilustres, la puntualidad en acudir á los espectáculos, las liberalidades con ociosos y parásitos, pasan por timbres suficientes para mantener el prestigio de un nombre y aun para adquirirle por prescripción con la ayuda de la riqueza, de cualquier modo amontonada. Y cuando el libertinaje ha disipado un patrimonio, ¡ah! entonces no se duda en emparentar con cualquier vil publicano; porque nuestros

patricios no están por rehacer su fortuna con el botín conquistado al enemigo. Reconozcamos que la generosidad de Tiberio tiene mucho más parecido con la virtud de nuestros abuelos que nuestro egoísmo.

TAC. ¡Es del partido de la plebe!

PAM. ¡Sería otro Tiberio!

VAL. No soy de ningún partido, pero ¡á cada uno lo suyo!

NAS. No puede oir que se censure al tribuno.

VAL. Si os tenéis por nobles, sed justos con vuestros enemigos...

MAR. Aunque incisivo, Valerio, empiezas á estar elocuente. Tus conceptos son atrevidos, pero has enunciado una tesis, y esa tesis es preciso que la desenvuelvas...

VAL. ¡Oh, no! Perdóname, querido Marciano. Desenvolver tesis ahora. ¿Para qué? ¿Para excitarte el apetito? Te aseguro que prefiero pasear por el jardín mientras llega la hora de comer.

PAM. Yo también daré una vuelta.

MAR. No he de quedarme solo...

(Se van los cinco hacia el fondo izquierda. Al encontrarse frente al grupo de Septimuleyo, Corvino y Saturneio, en la puerta ya de salida al jardín, sedetienen, examinando con interés á Septimuleyo y escuchando el diálogo siguiente:)

SAT. Adiós, pues. Veremos si correspondes. (Da la mano á Septimuleyo.)

SEP. Confiad en mi honrada palabra.

CORV. ¡Que importa mucho á la república!

SEP. Os serviré desinteresadamente. ¡No faltaba más, pidiéndomelo tan ilustres patricios. (Mirando al otro grupo y brindándole, al sentirse escuchado, la frase.)

CORV. Es decisivo para la ciudad.

SEP. Si de mí depende, triunfaréis... triunfaremos. . yo, Septimuleyo, os lo asegura. ¡Roma será nuestra! (Estas últimas palabras con énfasis.)

VAL. (Desde el otro lado de la puerta á los patricios que van á salir.) ¡Os, felicito, ilustres patricios, por vuestros aliados!

MAR. Hace falta de todo.

VAL. Sí... sí... (Salen hablando animadamente y se les ve cruzar por el fondo Septimuleyo se va por la izquierda con Corvino que le acompaña agasajándole.)

ESCENA VIII

SATURNEIO; luego AUREA

SAT. (Aparte.) ¿Y yo? ¿nada he de ganar en este negocio? (Aurea entra por la derecha.) ¡Ella! Veamos. (A Aurea.) ¿Con que tú no crees que yo pueda venderte un beso en la estrella de Tiberio?

AUREA Pero, ¿cómo?

SAT. Eso déjalo a mi cargo. Es cuestión de precio...

AUREA Pedirías demasiado.

SAT. Acaso no. Beso por beso... Te saldrá más barato que á Calpurnia.

AUREA ¿Pero es que acaso tú puedes?...

SAT. No insistas. Empeño mi palabra. Tú harás lo que yo te diga.

AUREA ¿Nada más que por un beso?

SAT. (Con malicia.) Solo apostamos un beso...

AUREA ¿Y serás discreto?

SAT. Soy un Serapión! (Poniendo el dedo en la boca. Telón.)

TELON

ACTO SEGUNDO

En la casa de Tiberio Gracco, elegante pero severamente decorada. En primer término el atrio en cuyos laterales se encierran en vitrinas imágenes en cera de antepasados; hay en una esquina de la izquierda un busto en mármol sobre una columna, colocado entre los muebles y adornado con flores; algunos asientos largos y taburetes á la derecha; los muebles, pieles, etc., han de colocarse no en el centro sino hacia las paredes. Arrancando del centro del fondo con una puerta simulada á cada lado, el tablinum, y en perspectiva el peristilo. Puertas abiertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

APPIO CLAUDIO y TIBERIO; aquél sentado, éste pasea preocupado y un poco distraído en los comienzos del diálogo. Tiberio viste túnica y toga blancas. Más tarde FULVIO

APPIO — Por cierto que se olvidaron aquellos malvados rumores y no se ha vuelto á hablar de ellos...

TIB. — La impotencia de la mentira...

APPIO — ¡No, no seas optimista! El mal tiene mucho poder sobre los mortales. Es que Aurea proporciona á los murmuradores una historia picante cada día.

TIB. — Y unas hacen olvidar las otras.

APPIO — Con todo, repara que Nasica ha suspendido sus visitas á esta casa, cuando aun en los días de mayor encono ha guardado con Cornelia las atenciones debidas á su parentesco...

TIB. Después del triunfo en mi elección, podré dar sin mengua de mi decoro, los primeros pasos para restablecer nuestra buena amistad.

APPIO El triunfo, cuando lo veamos...

TIB. No lo dudes, Appio. El pueblo está conmigo.

APPIO Bien... bien... Sólo quisiera que no fueses víctima de una confianza excesiva. Te sigo de cerca. Has preparado hábilmente el triunfo... (Pausa.) ¡Qué quieres que te diga, Tiberio! Entregarse al pueblo es aventurarse en medio de un mar ahora sereno, al instante encrespado, expuesto al rayo de las tormentas y al encono de los vientos. Las leyes agrarias, que tú defiendes, tienen una historia trágica. ¡Cuántos hombres generosos han perecido por ellas!

TIB. Yo espero que ahora seremos más afortunados. ¿Crees que el pueblo nada ha aprendido con esos contratiempos?

APPIO Lo dudo. El pueblo olvida lo que ve por sí mismo. ¡Cuanto más lo que le cuentan!

TIB. ¿Y en último caso no nos debemos exponer á todo por la causa del pueblo que es la de la patria?

APPIO La patria no se hará grande con soldados que sólo sepan morir; hace falta que sepan vencer... Pero, en fin... No he de ser yo quien te desaliente hoy... Sólo quiero templar tu generosidad con mi experiencia... Tú conoces la historia de mis antepasados, que lo serán de tus hijos. ¡Qué de servicios prestados á la plebe! y, sin embargo, se nos tiene por sus mayores enemigos. ¡Tantas veces hay que hacer el bien al pueblo á su propio pesar! No me cansaré de repetírtelo: ¡no dejes tu salvación ni la tuya propia en manos de la plebe!

TIB. Pero, ¿en manos de quién puede confiar su causa? Dime, Appio Claudio, ¿cuántos patricios te han seguido en tu apoyo á mis proyectos?

APPIO Algunos... los mejores.

TIB. Pero los menos; de los demás, que anteponen á toda razón de patriotismo su codicia

inhumana, ¿qué puede esperar el pueblo? Están hartos de motivos para abominar de él... El pueblo es ignorante y rudo,—dicen. —Y sin embargo, ¡cuántas veces salen de él los grandes aciertos!—El pueblo es corrompido,—¿pero quién le corrompe sino el dinero que ellos destinan á sobornar electores y á proporcionarse placeres?—El pueblo no agradece siempre como debe los sacrificios hechos en su defensa,—pero él va más allá que nadie en el sacrificio; por los demás, se arranca de la boca el pedazo de pan y da su sangre á torrentes, sin pretender jamás el provecho, ni siquiera la gloria...

APPIO ¡Cierto! El pueblo merece nuestros amores y nuestros sacrificios, razón de más para no abandonarle...

TIB. Sí, Appio; de la pobreza y de la persecución á que se condena al pueblo no puede esperarse mucho. Abierto está á todos los ciudadanos el camino para trabajar por su causa, ¡que pongan los patricios su gloria en redimirle! Mientras tanto el pueblo hará bien en confiar más en sí mismo que en la magnanimidad de los primates.

APPIO Podrás tener razón, pero tiemblo por ti.

TIB. No desconozco el peligro, pero ha de arrostrarle quien procure el bien de la patria... Mi camino está trazado... O sabré inspirar fuerza al pueblo y salvarle, ó sucumbiré con él... es decir, sucumbiremos unos pocos, que el pueblo no muere...

(Entra Fulvio Flacco por la izquierda.)

TIB. ¡Fulvio!

FULVIO ¡Ah, mis queridos amigos!... ¡Los miserables!... ¡Si no podía menos de ocurrir!

TIB. ¿Has conseguido...?

FULVIO La certidumbre de que preparan algo: aun no sé qué... Afortunadamente tienes junto á Nasica quien vele por ti...

TIB. ¿Aurea?

FULVIO Por ella acabo de saber que Nasica tiene citados á sus clientes y esclavos con prevención de que acudan armados, entrando uno á uno por la puerta trasera de su jardín á la hora nona.

TIB. ¡La de los comicios!

FULVIO Presume que todos los primates han tomado igual medida. Vendrá ella misma si averigua algo.

TIB. Preferiría no saberlo por tal conducto.

FULVIO Sepámoslo; en ello acaso está nuestro triunfo.

TIB. Si esas confidencias de Aurea no tuvieran un precio, y si sus tratos conmigo no fueran el descrédito y la derrota para mañana...

APPIO Además, por cada hora de enternecimiento, tiene meses de despecho y de perfidia. No ofrecen garantías sus noticias.

FULVIO Por desgracia, esta es demasiado verosímil. En el camino he podido apreciar yo mismo que el pueblo, sin saber por qué, da muestras de inquietud... la sedición está en el ambiente... se forman grupos; muchos, subidos en los bancos, claman que hay que imponerse por la fuerza á los patricios y hablan de venir á suplicarte que te pongas á su frente.

APPIO ¡Qué te decía yo, Tiberio! (Pausa. Tiberio, pensativo, calla.)

FULVIO Y bien, ¿qué resolver? Falta hora y media para la reunión de los comicios. Yo creo que lo más conveniente sería que los suspendieras usando de tu autoridad tribunicia, fundándote en cualquier cosa... Por ejemplo... dos veces el cónsul ha suspendido estas elecciones por ese motivo... los augurios... el vuelo desfavorable de las aves...

TIB. De ese recurso nosotros no podemos disponer. Los pájaros sagrados están siempre al servicio de los poderosos...

FULVIO Pues si no, habrá que tomar inmediatamente otras medidas.

TIB. Dime. ¿Quiénes eran los que predicaban la sedición?

FULVIO Eran... te diré... Acuacio...

TIB. ¿El que excitaba hace poco al pueblo á que pidiese el reparto, no ya de las tierras públicas, sino de las de propiedad particular?

FULVIO El mismo. En los Rostros arengaban Masino y Patrucio, si no estoy equivocado.

TIB. Sí... los que deslizan por las tabernas la especie de que aspiro á ceñirme la corona...

FULVIO Galasio y Ciriaco hablaban desde el pórtico...

TIB. Galasio y Ciriaco... ¡evidente!... Galasio y Ciriaco, clientes hasta hace un mes de Corvino, que me acusan de repartir lotes de tierra mezquinos. ¿Y es posible, Fulvio, que no te haya chocado todo esto?

FULVIO No adivino.

TIB. ¿No son estos los mismos que vienen haciéndosenos sospechosos, los que presentándose como mis amigos para ampararse con mi popularidad, obedecen á no sabemos qué secretos designios?

FULVIO En efecto.

TIB. El trance en que nos vemos es aun más grave de lo que te has figurado, Fulvio. Si tomamos medidas para nuestra defensa nos tacharán de sediciosos; si acudimos indefensos son capaces de todo. ¿Y el pueblo? ¿No le habrán seducido á estas horas?

FULVIO No dudes del pueblo, te idolatra...

ESCLAVO (Que entra por la izquierda.) Saturneio, tribuno de la plebe, y una comisión de ciudadanos, solicita pasar.

FULVIO Ahí los tienes. ¿Qué vas á hacer?

TIB. (Al esclavo.) Que pasen.

ESCENA II

TIBERIO, APPIO CLAUDIO y FULVIO. Entran por la izquierda SATURNEIO, y seis CIUDADANOS

SAT. (Adelantándose.) Estos, nuestros amigos, Tiberio, me han rogado que les acompañe.

TIB. Sed todos bien venidos. Decid.

CIUDADANO Habla tú por todos, Saturneio.

OTROS Sí, sí.

SAT Venimos, Tiberio, á rogarte en nombre del pueblo que te pongas á su frente.

TIB. (Irónico.) Ello es, Saturneio, nueva prueba de tu lealtad al pueblo y á mí... Pero ¿acaso no estoy á su frente? Me dispongo para acudir á los comicios...

SAT. No es eso. El pueblo ha llegado á saber que se le hace traición...

TIB. ¿Cómo y por quién?

SAT. Nosotros sólo sabemos... rumores que corren de boca en boca... que los patricios reunen á sus amigos y esclavos y los arman... y el pueblo teme...

CIUDADANO ¡No vamos á ir nosotros desarmados para que nos acuchillen á mansalva!

OTRO ¡No nos dejaremos asesinar!

LOS DEMÁS ¡Claro!

SAT. El pueblo está resuelto á armarse y á defenderse... y queremos que tú lo mandes y que te pongas á nuestra cabeza.

TODOS ¡Eso! ¡Eso!

TIB. ¿Quién se pone al frente de los primates?

SAT. El pueblo no lo sabe.

TIB. (Con intención.) ¿Y tú?

SAT. (Sin inmutarse, desafiando su mirada.) Tampoco.

TIB. ¿Y cuál es el plan que tienen? ¿Dónde se encuentran? ¿A dónde se dirigen?

SAT. Nadie lo sabe.

TIB. (Lo mismo que antes.) ¿Tampoco tú?

SAT. Tampoco.

FULVIO (A los demás.) ¿Ni vosotros?

CIUDADANO Y ¿por qué hemos de saberlo nosotros?

FULVIO Porque sabeis ciertas cosas antes que nadie y habeis empezado á excitar al pueblo á defenderse antes de que los primates hayan dado señales de armarse contra él. Lo cual, por Apolo, descubre en vosotros el don de adivinar...

CIUDADANO ¡No consentimos que nos hables así!

OTROS ¡Nos insulta!... ¡No lo toleraremos!...

FULVIO Sin embargo, hay que esclarecer un punto importante. Vosotros pasais por amigos de Tiberio...

TODOS ¡Y lo somos!

FULVIO Pero yo os pregunto. ¿Por qué no habeis venido á consultarle antes de lanzaros á soliviantar al pueblo? Vosotros decís que el pueblo quiere alzarse en armas... Yo no lo creo...

TODOS ¡Lo quiere! ¡Es verdad!...

FULVIO Supongamos que lo quiere. ¿No sois vosotros quienes le habeis inducido á ello? Vosotros habeis desacreditado la causa del pueblo predicando sin prudencia ni medida contra

todo lo existente. Vosotros le alentais á estrellarse contra todo lo imposible. Vosotros habeis facilitado á sus enemigos el pretexto para armarse contra él. Preguntad á los primates por qué convocan sigilosamente á esclavos y clientes. ¡Se habla de sedición y de motín—dirán—tenemos que defendernos! Y ahora venís donde Tiberio, no á obedecer sus órdenes, sino á á pretender que sirva á vuestros planes. ¿Y os llamais amigos de Tiberio y del pueblo? ¡No! ¡No sois sino traidores vendidos á los patricios!

CIUDADANO ¡Mentira! ¡Falso!

OTROS ¡Vengaremos el ultraje! ¡No nos dejaremos insultar!

SAT. Tiberio, estamos en tu casa y á ti te corresponde contener las demasías de Fulvio que á mí mismo me alcanzan.

TODOS ¡Eso es! ¡Y si no las contendremos nosotros!

TIB. Veamos. Quereis que aconseje al pueblo la sedición...

SAT. La defensa armada es cosa resuelta. Tenga la culpa quien la tenga, el daño está hecho. ¿Vamos á cruzarnos de brazos? Entre exponer al pueblo á una matanza ó prevenirle para la lucha, ¿puede vacilarse?

APPIO (Levantándose y avanzando á encararse con Saturneio.) No. Ni un instante. Cuando la traición ó la torpeza de los que le dirigen ha colocado al pueblo en la alternativa de ó dejarse vencer ó ensangrentar las calles de Roma con sangre de ciudadanos, no se puede vacilar y hay que tener el valor de decir al pueblo: ¡Te han traicionado! ¡Tu causa está perdida! ¡Resígnate, pueblo, á la humillación!

SAT. Y ¿qué sacaría con ello el pueblo?

FULVIO Sacaría el conocer á los traidores.

SAT. Pero perdería su causa.

APPIO Perdida la tiene por ahora, pero los hombres pasan, el pueblo es eterno. ¡No le deshonremos al menos!

SAT. ¿Deshonra el defenderse con la fuerza contra la fuerza?

APPIO ¡Sería la primera sangre que corriese en las calles de Roma por la causa del pueblo! ¡No

sería la última, que es venenosa semilla! ¡Los dioses penates maldigan á quien abra las venas de la patria en discordias interiores!

SAT. ¿Mas si es necesario?

APPIO ¿Necesario? El ciudadano romano es el más libre de la tierra, y jamás para conseguirlo ha considerado necesario acudir á la fuerza.

SAT. Acaso porque los plebeyos no dispondrían de la que hoy tienen.

APPIO Te equivocas. Cuando hartos de conquistar tierras para los patricios, engañados con promesas siempre defraudadas, agobiados por las deudas, vendidos en esclavitud por no poder pagarlas, desesperaron, tenían las armas en la mano, constituían un ejército, ¿qué hicieron? ¿asaltaron para tomar venganza la ciudad indefensa? No. Se retiraron pacíficamente al Aventino...

SAT. Entonces, porque empezaba sus avances el pueblo, nada podía perder, hoy perdería mucho.

APPIO Razón de más para no exponerse á perderlo. Y acaso lo perdería todo, porque para el débil, que el pueblo lo será siempre, la ley y la razón lo son todo. Por eso su empeño de que se escribieran las leyes. Lo consiguieron ¡con cuánto trabajo! y aquel se consideró el mayor triunfo del pueblo. Si hoy por vuestra culpa quebrantase esas leyes que son su defensa y garantía, ¿cuáles podrían considerarse aseguradas? ¿dónde encontraría amparo contra la arbitrariedad de los poderosos?

SAT. Por tu boca, venerable Appio, ha hablado la historia...

APPIO La historia, experiencia de los hombres...

SAT. El presente, sin embargo, no es de los que se inspiran en remotas historias, es de los que saben hacer la de su tiempo.

APPIO Ojalá que los que ahora podeis hacerla la hagais con tanto honor para la república como la hice yo cuando me ví llamado á regir sus destinos.

SAT. En fin, Tiberio, ¿te pondrás al frente de todos ó no? ¿Qué resuelves?

TIB. ¿Aun no me has comprendido?

SAT ¡Que te entiendan también mis amigos! Sepamos de una vez si quieres exponer tu vida por el pueblo ó le abandonas. ¿Tienes algún otro plan para conjurar el peligro?

TIB. Nunca confié mis planes al enemigo.

(Los Comisionados se agitan y se les oye murmurar entre ellos.) (¡Enemigo! ¡Ah! ¡No puede ser!)

SAT. ¿Olvidas que soy tribuno como tú?

TIB. Pues si tienes la misma potestad que yo, obra por tu cuenta.

SAT. Pero es de tí de quien la gente espera las órdenes.

TIB. ¡Ah! Luego el pueblo está conmigo. Pero si el pueblo os ha mandado á recibir mis órdenes, ¿cómo has tenido Saturneio, la osadía de querer imponérmelas? ¿Cómo te has atrevido á tomar en tu boca el nombre del pueblo? ¡El pueblo te conoce!... Pronto abominará de vuestros consejos si quiere escucharme... Su causa es la de la justicia y la justicia no se hace oir entre el estruendo de las armas... Ellas le podrán hacer libres de la ley, pero con su mismo acero se forjarán sus grilletes. ¡La libertad habrá acabado el día en que la ley no sea más fuerte que todos! Esclavo será el pueblo de la tiranía de las armas por quebrantar la tiranía de la ley...

CIUDADANO Tiranía por tiranía...

TIB. ¡No! Que las armas son ministros ciegos de la fuerza despiadada y despótica... las leyes imperan en nombre del derecho, y acatan la soberanía de la razón y de la justicia.

SAT. En vista de lo cual, ya lo sabéis, ciudadanos... dejaremos que los patricios nos asesinen, les abandonaremos la partida...

TIB. Fuertes en nuestro derecho, los patricios no osarán realizar sus violentos planes y triunfaremos.

SAT. ¿Y si se atreviesen?

TIB. Nuestro triunfo entonces sería más seguro que nunca. ¡El crimen de la sangre vertida en la ciudad y de las instituciones violadas caería sobre ellos!

SAT. ¡Buen consuelo! Esa sangre sería la nuestra.

TIB. Antes de alentar al pueblo á que se arme y exponga luchando contra los patricios su vida, daré yo cien veces la mía.

CIUDADANO (A los Comisionados.) ¡Frases! ¡Pretextos!

OTROS ¡Nos abandona!

SAT. Pues nada más. (A los Comisionados.) ¿Lo habéis entendido claro?

COMISIONADOS Sí... ya... ya...

SAT. Vámonos entonces. Ya sabemos qué decir á la gente. Los dioses os guarden.

TIB. Y á vosotros. (Vanse por la izquierda murmurando los comisionados y Saturneio. Tiberio se queda pensativo mirándolos salir.)

APPIO ¡Ese es el pueblo!

TIB. No. Esos son sus enemigos... Los patricios que corrompen y los miserables que se venden.

APPIO Sin embargo, esos miserables se hacen oir del pueblo, van adquiriendo ascendente sobre él, y en los momentos críticos le tienen á su merced.

FULVIO Tiberio, no olvidemos lo que importa.

TIB. Sí, Fulvio, vamos á disponer lo necesario.

APPIO Vamos. Hay que proceder con calma. (Vanse los tres por la derecha.)

ESCENA III

Entra por la izquierda AUREA precedida de un ESCLAVO

AUREA Que salga tu señor. Solo. ¿Has entendido?

ESCLAVO Sí, señora.

AUREA No le digas quien soy, únicamente que tengo algo urgente que decirle.

ESCLAVO Está bien. (Se va por la derecha.)

AUREA De otro modo, es capaz de no salir... ¡Ah, pobre de mi! ¡Cuánta locura! ¡Y para lo que me lo ha de agradecer!

(Entra por la izquierda Saturneio, escudriñando antes de entrar.)

SAT. (Aparte.) No está. Intentaré disuadirla. (Alto.) ¡Aurea!

AUREA ¿Eh? Te advierto que Tiberio va á salir.

SAT. ¿No quedamos en que harías lo que te mandase?

AUREA ¡Sí! ¡Me han dado tan buen resultado tus consejos!

SAT. Cumpliré lo ofrecido. Mantengo mi palabra.

AUREA Renuncio á ella. Cuando he visto con qué malvados medios acechais la vida de Tiberio.... sé lo bastante sobre la lealtad de tu palabra...

SAT. ¿Y confías que contándole lo que sabes vas á enternecerle?

AUREA No es tu cuenta.

SAT. No; si no es más que para evitarte el ridículo...

AUREA Puedes marcharte.

SAT. Ese amor es más fuerte que tú. ¿Dónde se han ido tus propósitos? Te acogistes humillada á mis consejos, pero tan pronto te veo furiosa por sus desdenes como soñando con la vuelta al idilio. Tú, tan hábil en estos trances, no haces más que tonterías cuando se trata de Tiberio.

AUREA ¡Ah! ¡sí!, ¡qué cierto es!

SAT. El triunfo no consiste en amarle tú, sino en hacer que te ame él. Sé fuerte, y para serlo, sé fría, serena, despiadada... sólo así podrás vencer. Pero si te ve tierna y vencida, ¿qué hacer sino despreciarte? Por eso te humilla, te maltrata, te desdeña...

AUREA ¡Saturneio! ¡ Me exasperas! ¡Vete!...

SAT. Si ve que por su amor eres capaz de venderle los secretos de tu marido...

AUREA ¿De Serapión? ¡Ja, ja! Mira ahí está Tiberio.

SAT. Me voy. ¡Cómo se va á reir de tí!

AUREA ¡Eso no! ¡No se reirá! Tengo la venganza en mi mano. (Se va Saturneio por la izquierda, Tiberio sale por la derecha.)

TIB. Aurea ¡tú por aquí!

AUREA Por aquí, Tiberio, y no me voy... aunque me despaches.

TIB. ¿Despacharte? ¿de esta casa?

AUREA Y no vengo á estorbarte, sino á ayudarte en tus planes.

TIB. ¿Pero cómo aceptar sin recelo el auxilio de la mujer de Nasica?

AUREA Mira. Esa es una exhortación velada á la fidelidad conyugal y podrías habértela excusado. Comprende que es contra tus intereses.

TIB. No lo comprendo.

AUREA Tú no piensas cuando nos encontramos sino en que puedo perturbar tu vida privada.

TIB. No lo creas, Aurea.

AUREA Y no cuentas con que puedo influir en tu vida pública.

TIB. Es lo mismo; no tenemos más que una vida; en la que tú llamas privada encontramos alientos y energías para la que llamas pública; un quebranto en aquella, que es la raíz de la vida, nos inutiliza para ésta.

AUREA ¡Y mira por dónde puedo yo resultar aliada y colaboradora de Nasica contra tí!

TIB. ¡Quién lo sabe! Insconcientemente, por supuesto.

AUREA ¡Claro! ¡Supongo que no me creerás capaz de estar de acuerdo en nada con mi marido!

TIB. Peor para ti.

AUREA ¿Otra llamada á la fidelidad conyugal? Tiberio, me vas á poner en el caso de no decirte lo que querría.

TIB. No es, por lo visto, tan urgente como me habías anunciado.

AUREA Vas á verlo. Tan urgente que va en ello tu éxito ó tu derrota.

TIB. Me permito dudarlo, Aurea.

AUREA Pero ¡ahí tienes!, falto á la fidelidad conyugal al referírtelo. Lo hago por tí con gusto, porque... tú abriste mi corazón al amor y quiero poder decir que te he salvado. Y bien, ¿no me aconsejas que falte á la fidelidad conyugal?

TIB. No, Aurea.

AUREA Eres un insensato. Te va en ello la vida...

TIB. Si de verdad conservases algún afecto por mí, ¿pondrías un precio tan alto á tus noticias?

AUREA ¡Qué puede ser, Tiberio, lo que me haga venir á tu casa sino ese afecto!

TIB. Pues venga esa confidencia.

AUREA ¿Crees que soy el mensajero que trae una carta, la deja sin decir nada y se marcha?

TIB. El tiempo apremia... Mira, ahí vienen mi madre y mi mujer con Licinio Crasso, el pontífice máximo.

AUREA (Sorprendida y resuelta) ¡Ah! Esta tarde correrá la sangre. Todo está preparado... ¿lo sabes?

TIB. Lo sospechaba... pero á estas horas ya, mi camino está trazado... nada me apartará de él...

AUREA Tiberio, necesito hablar sola contigo.

TIB. Imposible, me esperan dentro y no me basta todo el tiempo para ultimar la elección.

AUREA ¡Que puede ir tu salvación en ello!

TIB. Tienes, Aurea, el generoso empeño de que te deba la vida. Favores de tanta monta no tendría con que pagártelos.

AUREA ¡Ingrato!

TIB. Te agradezco tu interés por mí... pero la gente ha dado en hablar de nosotros. Crasso podría hacer juicios aventurados al vernos á los dos... Disculpa que, en justa correspondencia, cuide yo de tu reputación y de la tranquilidad de mi hogar.

AUREA Eres aborrecible... ¡Huye los brazos abiertos del placer! ¡corre al abismo!... ¡Es tu sino!

TIB. Perdona, Aurea, hasta luego. (Se va por la derecha.)

ESCENA VI

AUREA. Después CLAUDIA, CORNELIA y CRASSO

AUREA ¡No puedo tenerle delante sin odiarle! Pero ¿qué mayor venganza que dejarle irse? (Transición.) Y ahora, ¿cómo justificar mi visita? ¡La triple encarnación de la virtud viene sobre esta libertina!.. Se lo contaré á ellas —¡para la tranquilidad de su hogar!—pero torcido para que no lo aprovechen...

(Entran por el fondo Claudia, Cornelia y Crasso.)

CLAU. Aurea, bien venida. (Adelantándose á saludarla.)

AUREA ¡Claudia! ¡Cornelia!

(Crasso saluda á Aurea y se detiene contemplando el busto de mármol mientras las demás avanzan hacia el espectador.)

CORN. (A Aurea.) ¡Tanto tiempo desde que no nos has favorecido con tu visita!

AUREA (Con afectado misterio; durante esta escena Aurea deja traslucir su propósito de producir en Claudia re-

celos y alarmas.) Tengo algo importante que deciros, pero que no lo sepa Crasso...

CLAU. ¿No has visto á Tiberio?

AUREA Tu marido dice que lo sabe... Teme que nos vean juntos... no sé qué clase de escrúpulos tiene conmigo...

CLAU. Es extraño...

CORN. Está ultimando sus preparativos con Appio y Fulvio.

AUREA Pues me consta, ya comprenderéis que solo por afecto á vosotros puedo yo hablar de estas cosas... que los amigos de Tiberio se levantarán en armas esta tarde...

CLAU. ¿Qué me dices? ¡oh dioses!

CORN. No te aflijas, Claudia. Tiberio no es tan insensato. Son falsos rumores que hacen correr sus enemigos...

AUREA El caso es que los del bando de mi marido están alarmados... ¡y se defenderán!

CLAU. ¡Ah! ¡Una lucha armada!

AUREA Es posible.

CORN. No tendrán para qué acudir á las armas los primates. No serán agredidos...

CRASSO (Junto al busto.) ¡Admirable! ¡Admirable!

CORN. Es el busto que Cayo nos ha enviado recientemente. ¿No lo habías visto?

CRASSO No. Es exacto el parecido...

CORN. Pronto hemos de juzgar mejor sobre él. (Crasso se acerca al grupo de las tres.) El original tardará poco en presentarse en Roma. ¡Los dioses hagan que los vientos sean favorables á su nave!

AUREA ¿Cómo? ¿Viene Cayo? ¡Cuánto lo celebro! (A Crasso.) Mi enhorabuena á Licinia...

CRASSO Los dioses nos permitan ver cuanto antes tan feliz acontecimiento. Por ella, por mi hija Licinia, deseo sobre todo la vuelta de Cayo... su repentina separación apenas casados, fué un golpe rudo para mi tierna hija. Y también porque tengan fin, Cornelia, las inquietudes que te causa su ausencia.

CORN. En cuanto á mí, ¡qué quieres que te diga, Crasso! Los peligros de esa guerra feroz que tantos ejércitos va devorando me producen constantes inquietudes. Me consuela, sin embargo, que, á las órdenes de su cuñado

Scipión Emiliano, los esfuerzos de Cayo ante los muros de Numancia no serán perdidos para su gloria.

CRASSO No, por cierto. La fama de su valor y de su prudencia han llegado hasta Roma, y se refiere que en algún caso, sus propios enemigos le han demostrado su admiración, recordando en él las virtudes de su padre y tu marido, el justo y valeroso Sempronio, de venerable memoria, á quien los rudos españoles llegaron á profesar tanto amor como respeto. .

CORN. Aquí, en cambio, los peligros que le esperan no son menores, y sus virtudes se discutirán más...

CRASSO (1) ¡Qué bien haces, Cornelia, en inquietarte por la situación de Roma! La he visto durante mi larga vida en trances difíciles, pero como este ninguno.

CLAU. ¡Qué desgracia!

AUREA ¡A dos pasos del motín!

CRASSO Fuera de los muros de la ciudad nunca hemos temido la guerra, pero dentro de ella las luchas pueden sernos fatales. La insolencia de la plebe amenaza violar nuestras más sagradas instituciones.

AUREA Sí... sí...

CRASSO Aires de desolación y de impiedad llegan de la Grecia degenerada, y van agostando aquel respeto á los dioses y á los ritos sagrados que nuestros mayores llevaron á todos los actos públicos. Ya ni para votar las leyes, ni para tomar las más graves determinaciones se consulta á los augures, ¡se quiere excluir á los dioses de la república! ¡y desdichada la república si se olvida de sus dioses!

CORN. No es tranquilizadora, en verdad, la situación actual, pero no hay que exagerarla. Todos debéis esforzaros en aplacar el enco-

(1) Crasso es un hombre vano, distinguido y amable, y es preciso que el actor encargado de este papel dosifique la energía de sus apóstrofes, teniendo en cuenta que no es un fanatismo sincero el que los inspira, sino el celo de su oficio, acentuado por las debilidades de la edad.

no de los que luchan. Sobre todo los que consideráis salvadora la reforma que defiende de Tiberio.

CRASSO ¿Yo, Cornelia? El colegio de los pontífices, el de los augures, los arúspices, todas las corporaciones sacerdotales, están unánimes contra ella...

CLAU. Sin embargo, tú te mostraste conforme...

CRASSO ¿Yo? Sí... Pero... Te diré...

CORN. Antes de presentar la ley, Tiberio os reunió á Appio Claudio, su suegro, cabeza de la familia más aferrada á los privilegios patricios; á Mucio Scœvola, nuestro más ilustre jurisconsulto; al filósofo Diófanes de Mitilene y á ti, Crasso, pontífice máximo, y todos opinasteis que la reforma era justa y conveniente. Me extraña que ahora...

CRASSO Pero, Cornelia, una cosa era entonces .. y otra es ahora... cuando se han herido tantos intereses; una cosa es la reforma y otra los procedimientos. A mí no me pesaría que triunfase Tiberio... creedme... pero... los colegios sacerdotales han dado su opinión unánime. Se han consultado los auspicios, y los dioses no se manifiestan favorables á la reforma...

CLAU. Los dioses te hubieran agradecido que los consultaras antes de dar tu parecer .. Y que no cargarais á su cuenta el desamparo en que ahora dejais á Tiberio.

CRASSO ¡Claudia! ¡Tus palabras son irreverentes! ¡No inspires en ese espíritu á tu marido! ¡Ay de aquellos que no temen á los dioses! ¿No lo estamos viendo? La ley sempronia la hizo la plebe sin consultar á los augures. Pero Tiberio se ve impotente para cumplirla; necesita un nuevo tribunado; ¡dos días seguidos se han suspendido los comicios porque, al aproximarse la hora nona, el cielo se cubría de nubes, en cuyo seno el trueno mugía sordamente. Hoy se han resuelto á celebrarlos por encima de todo; ¡los dioses inmortales sean con ellos indulgentes!

CORN. No hay motivo, Crasso, para tanto pesimismo.

CRASSO Sí le hay, Cornelia. Debes conocer todos los

peligros que puede tener la obstinación de los amigos de Tiberio, que no se previenen los males con ocultarlos.

CORN. Ni exagerándolos...

CRASSO (Afectando emoción.) Se ha examinado el vuelo de las aves; su dirección es nefasta; por el pedazo de cielo señalado por la vara del augur, sólo cruzan del lado derecho... ¡qué más! dos cuervos agarrados por el pico han venido á caer junto á mí al salir de mi casa para venir á la vuestra. Y si á esto añades que los pollos sagrados se niegan obstinadamente á comer... ¿no ves, Cornelia, manifiesta la voluntad de los dioses?

CORN. Cuando menos, Crasso, y créeme que me inquieta, veo clara la de los sacerdotes...

AUREA De los sacerdotes y de todos. ¿No notáis que lo mejor de Roma se va retrayendo en su amistad con vosotras?... «¡Lástima—dicen—que una familia, hasta ahora tan ilustre, se alíe con la plebe!...»

CORN. Esto de la democracia, Aurea, lo comprendo, no es para todos... ¿Cómo hablar de la plebe sin humillarlas á tantas gentes nuevas empeñadas en que se olvide su origen plebeyo?

AUREA Pero, Cornelia—dicen—la hija de Scipión el Africano...

CORN. Harán bien esas gentes en esquivarme. El trato de Cornelia no es para quienes no estén seguros de su posición..

AUREA Ellos se vengan y empiezan á no llamarte la hija del Africano.

CORN. ¿Pues cómo me llaman?

AUREA La madre del tribuno.

CORN. ¡La madre de Tiberio! ¡La madre de los Gracos! ¡Pero si esa ha sido mi única ambición! ¿Qué hice yo para merecer haber nacido la hija de Scipión el Grande? La gloria de mis hijos es más mía; desde que velaba junto á su cuna yo, yo les he formado para ella...

CRASSO Reflexiona, Cornelia. Vosotras podéis conjurar el peligro... Intimad á Tiberio á que desista por hoy de su temeraria empresa contra la voluntad del cielo. ¿No lo harías así, Aurea?

AUREA Sin vacilar, en un caso como éste... y Nasica se dejaría guiar por mí...

CLAU. ¿Por qué no se lo dices tú mismo, Crasso?

CRASSO ¿Yo? No... Varias veces he visto que no presta á mis advertencias el aprecio de que mi buena voluntad las hace merecedoras. En una ocasión me contestó que Catón había dudado de que dos augures pudieran mirarse sin reirse... ¡Ah! ¡No imite él el impío ejemplo de aquel Régulo que echó al mar los pollos sagrados para que bebiesen, ya que no querían comer! ¡Acuérdese de la espantosa catástrofe que aquel sacrilegio atrajo sobre la república! Pero... yo no... La mujer, si es madre ó si es esposa, puede contener al hombre cuando se lanza á empresas temerarias...

CORN. No te oigo, Crasso, sin extrañeza, pareceres tan fuera de los usos de nuestra patria y de nuestra familia. ¿Sería grande Roma, si en vez de secundar los impulsos heroicos de sus maridos, las mujeres romanas hubieran pretendido contrariarlos con sus lágrimas?

CRASSO Una cosa es el heroismo y otra la temeridad.

CORN. Como quieras. Pero Claudia está en lo firme. No sería esposa fiel si aprovechase la confianza de su marido para deslizar en su espíritu ajenas inspiraciones...

CRASSO ¡Cornelia! ¿Inspiraciones ajenas las de los augures?

CORN. Del amor conyugal nacen las inspiraciones santas, sin necesidad de ministros. Será acaso porque los dioses presiden también el matrimonio...

ESCLAVO (Entrando por la izquierda.) Publio Cornelio Scipión Nasica.

AUREA (Aparte.) ¡Nasica! .. Sin duda Saturnio se lo ha dicho...

CORN. Que pase. ¡Tu marido!

AUREA Vendrá á buscarme.

ESCENA V

DICHOS y NASICA

NAS. (Entra por la izquierda inquieto, excitado. Al ver á Aurea fija en ella una mirada dura y da un suspiro de satisfacción. Aparte.) ¡Ah! Medio mal... cuando tan en armonía está con Claudia...

AUREA (Aparte, mirando también á Nasica.) Te entiendo, Serapión...

CORN. ¡Adelante, Nasica!

NAS Dispénsame, Cornelia. De paso para el templo de la Fidelidad donde se reúne el Senado, puedo al fin dedicarte unos instantes... nada más que unos instantes... ¡Claudia! (Saludando.) Venía para acompañar á Aurea... ¡Crasso!

AUREA ¿Para qué te has molestado?

NAS. (Aparte á Aurea.) ¡Pérfida! (En voz alta.) Y á la vez, ya era hora de que acudiera á tu casa... (Deben quedar colocados de derecha á izquierda: primero Crasso, luego Claudia, Aurea, Cornelia y Nasica. Las tres señoras pueden estar sentadas.)

CORN. Sí, en verdad...

NAS. No lo eches á mala parte. Cualesquiera que sean mis relaciones con Tiberio, su madre continúa siendo el orgullo de nuestra familia.

CORN. ¡Cuánto te hubiera agradecido, Nasica, que hubieras venido cuando te llamé!... En estos instantes tu visita parece una despedida.

NAS. Temía verte... ¿para qué ocultártelo?

CORN. ¿Te acusaba tu conciencia de algo contra mí?

NAS. No por eso.. sino... porque no pudiendo complacerte, había de disgustarte...

CORN. ¡Pensabas, acaso, que yo iba á pedirte que cambiaras de parecer respecto de la ley sempronia! ¡Y habrás llegado á figurarte que yo era una embajadora de Tiberio, cuando gracias á lo que nos dicen por fuera podemos averiguar sus preocupaciones y aliviar sus penas!

CLAU. (A CRASSO.) Es verdad... dice que las cosas desagradables las quiere para él...

NAS. De cerca ó de lejos, con la ley semprohia se relaciona lo que querías decirme... Pues ya en este instante comprenderás que nada de lo hecho puede deshacerse, y que para el porvenir, nuestro camino está trazado...

CORN. Has esperado, por lo visto, á que todo estuviese concluído para no verte en el caso sensible de negarme lo que te pidiera.

NAS. Así te evitaba disgustos.

CORN. Peor para ti...

NAS. Ya sabes que yo con Tiberio... (MUEVE Á UN LADO Y OTRO LA CABEZA.)

CORN. No... No eran sólo temores por mi hijo; era también el dolor de verte lanzado por caminos que no corresponden al nombre que llevas.

NAS. (DESCOMPUESTO.) Con mis enemigos lucho con las armas que sean necesarias para vencerlos... ¿No tratan ellos de despojarme de lo que es mío?

CORN. Hay ardides que no pueden reprocharse en las luchas políticas, aunque no ennoblezcan; pero la calumnia, las maquinaciones en la sombra, el trato de los asesinos...

NAS. ¡Yo no utilizo asesinos!... ¡Y aunque los emplease!... Pero dejemos esta conversación; en cosas de política no tienen para qué mezclarse las mujeres...

CORN. ¡Hola!... Vamos por partes... ¿Quién forma vuestros sentimientos? ¿quién da calor á vuestras ideas? ¿quiénes lloran, sino las madres, los soldados muertos por la patria? Y qué, ¿no nos concederéis derecho á vuestros pensamientos y pretendéis tenerle á nuestras lágrimas? No, Nasica. Y hablas con quien es tan fuerte como tú... ¿Conque (SUBRAYANDO LA FRASE) aunque emplearas asesinos, eh?... Esas palabras te delatan...

NAS. He dicho que no los empleo...

CRASSO Vaya... vaya... no excitaros.

CORN. Pero justificas á quienes los pagan... ¡el asesinato para defender una causa! ¡Y decís que defendéis el honor de los patricios, la nobleza de vuestros abuelos!

NAS. ¡La nobleza de nuestros abuelos! (Enfático.) ¡Ah, Cornelia! ¡Si esas imágenes de antepasados que honran y protegen esta casa y la mia pudiesen hablar y los Scipiones vieran que gentes de su sangre soliviantan á la plebe y despiertan su codicia para despojarnos de lo nuestro!...

CORN. ¿De lo vuestro?

NAS. ¡De lo nuestro!... ¡Ah! Se volverían avergonzados á sus sepulcros...

CORN. ¡Cómo te atreves á tomar el nombre de nuestros antepasados! ¿Los Scipiones contra el pueblo romano?

NAS. Contra la plebe ensoberbecida que capitanea tu hijo...

CRASSO ¡Pero Nasica!

CORN. Enhorabuena que no imites á nuestros abuelos en tus acciones... pero invocar su memoria en esta casa, donde moran sus manes é invocarlos para defender *lo tuyo*, es decir, los bienes del pueblo romano que detentas, la dote que con su hija te entregó Corvino, suena, Nasica, á irreverencia.

AUREA ¡Cornelia!

CORN. ¡Y atreverte á invocarlos cuando ardes en rencores contra los de su sangre, cuando meditas criminales asechanzas contra mi hijo!

CRASSO Vamos... ¿no ibas al Senado?

NAS. No te apures, Crasso. (A Cornelia.) Es natural que te irrites. Las cosas no van bien para los tuyos.

CORN. ¿Y tú eres Scipión?

NAS. (Brutalmente.) ¡Ja, ja! Vámonos. Ya verá Tiberio de lo que le vale la plebe.

CORN. ¡Quien te reconoce!

AUREA Vuestra soberbia os hace intratables.

NAS. (A Aurea.) Tú por delante.

CRASSO (Que se ha ido despidiendo de unos y otros conteniéndolos.) Vaya, los dioses os guarden.

CORN. Y á vosotros. (Se van Crasso, Aurea y Nasica por la izquierda.)

ESCENA VI

CLAUDIA y CORNELIA; después TIBERIO y APPIO CLAUDIO

CLAU. No sé por qué, tiemblo por Tiberio. Negros presentimientos me asaltan.

CORN. No, hija... Es la tristeza que causa á los buenos el contacto con la maldad. ¡Gentes egoístas, atentas sólo á su interés, insensibles al honor, al patriotismo y á la justicia!

CLAU. Cornelia, madre mía, en las palabras de Crasso y de Nasica he visto toda la bajeza de los hombres... adivino peligros inminentes, siniestros propósitos. ¡Tiberio, noble Tiberio, abandonado entre la cobardía y la codicia!

CORN. Cálmate, que viene aquí.

(Entran por el fondo Tiberio y Appio Claudio.)

CLAU. ¡Ah! (Se precipita en los brazos de Tiberio.)

TIB. ¿Qué te pasa? Veo tus ojos arrasados en lágrimas.

CLAU. ¡Tiberio! (Queda abrazada á él.)

TIB. ¡Ya me lo figuro! Crasso habrá venido á daros noticias desagradables... á deciros que los auspicios me son contrarios, que los dioses se muestran amenazadores. No hagas caso, querida mía. Procuro el bien de mis conciudadanos, defiendo la verdad y la justicia, ¿por qué los dioses han de estar ofendidos conmigo?

CLAU. Tiberio, yo que veo hasta el fondo de tu alma, ¿cómo he de dudar de que haya en ti nada reprensible á los ojos de los dioses?

TIB. Cuando tu mirada, esposa mía, y la risa inocente de nuestros hijos serenan mi espíritu y le hacen olvidar las bajezas y ruindades de la plaza, mi amor á vosotros es el amor á todos, es compasión para tantos que no tienen un rincón en qué cobijarse, un pedazo de leña en su hogar, ni el afecto de una familia... Entonces mi alma se eleva y es una voz que viene de arriba la que me dice:—¡Cómo puedes abandonarte á la felicidad habiendo á tu lado tantos misera-

bles!—Sí, Claudia, también á mí me hablan los dioses, y su voz se reconoce mejor en esos inefables movimientos del corazón, que traducida por las palabras de augures que, al fin, son hombres.

CLAU. No es por los dioses, no, es por los hombres por quienes temo.

TIB. ¿Pues qué? ¿no somos hombres nosotros? ¿por qué temerlos?

CLAU. Pero tu corazón siempre está abierto al perdón, y ellos no tienen en su pecho más que rencor y crueldad.

TIB. Sí... es cierto... peor para ellos.

CLAU. Pero, Tiberio, ¿has tomado medidas que garanticen tu vida?

TIB. Claudia, he cumplido con mi deber. En esto fío la defensa de la vida de mis amigos.

CLAU. ¿Y la tuya?

TIB. ¿He de preocuparme más de mi vida que de la de ellos?

CLAU. Poca defensa es la de haber cumplido con tu deber, contra los que no tienen reparos en faltar á todos los suyos.

TIB. Sí, pero yo... cumpliré con mi deber hasta el fin... (Se oyen murmullos de gente en la calle.) Ea, Claudia Ya están ahí mis amigos. ¿Cómo podré pagarles su afecto? Desde que saben que estoy amenazado de muerte, no me dejan salir á la calle sin rodearme en masa. Con ellos debo marchar á los comicios.

CLAU. (Exaltada.) ¡No! ¡No vayas, Tiberio! ¡Te lo piden tus hijos! (Se abraza á sus rodillas.)

TIB. (Levantándola) ¡Esposa mía! Que no te venza el dolor. Ten la fe que yo tengo. ¡Nuestros hijos! Me aterra la idea de su orfandad... pero me asusta más el dejarles ejemplos indignos de su nombre. El pueblo me reclama...

CLAU. ¿Es más el pueblo para ti que nosotros?

TIB. ¡El pueblo me ha acompañado hasta aquí con su apoyo, haciendo acaso sacrificios tan grandes como el que hago yo! No he de desampararle cuando se temen peligros.

CLAU. ¡Por él nos desamparas!

TIB. En último caso... ¡él mirará por vosotros!

CLAU. ¡Tiberio! No es posible que así nos abandones...

TIB. Procura, Claudia, si mis enemigos lograsen su infame intento, que quede indeleblemente grabado en la memoria de mis hijos aquel momento solemne en que el pueblo romano os aclamó en el Foro á ti y á ellos y os colocó con sagrados juramentos bajo su protección y amparo. Hijos somos todos del pueblo romano, porque desde que nacimos le debemos su asistencia y gozamos por él de la dignidad de ciudadanos. Pero mis hijos serán, con doble motivo, sus hijos. ¡Que cuando puedan pagarle lo que le deben, no le escatimen su vida!

CLAU. Pero, ¿cómo nos ha de defender el pueblo? Es débil y no se basta á sí mismo...

VOCES (En la calle.) ¡Viva Tiberio! ¡Viva!

TIB. (Desprendiéndose de Claudia.) Escuchad... es el pueblo...

UNA VOZ ¡No le abandonaremos á los asesinos!

MUCHAS VOCES ¡¡No!!

TIB. ...es débil y me ofrece su protección y defensa. ¡Pueblo heroico dispuesto siempre á sacrificarse por una gloria que otros se atribuyen!

VOCES ¡Viva la ley sempronia! ¡Vivan las leyes justas! ¡¡Vivan!!

TIB. ...perseguido y miserable, tiene fe en la justicia. ¡Nobles ciudadanos que habéis conquistado las riquezas del mundo y sois pobres!

VOCES ¡No queremos una república de esclavos! ¡Viva el trabajo libre!

TIB. ...eres ignorante y sólo tú das con el camino de salvación. ¡Si no te enseña la ciencia, pueblo humilde, es que te inspiran los dioses! (Cornelia se aproxima á Tiberio, el cual no interpretando bien su actitud da un paso atrás.) ¿También tú, mi madre, la que me crió en el culto á la virtud?...

CORN. Cuando en tu tierno corazón hacía germinar, con el recuerdo de tus abuelos, el amor á las grandes y nobles acciones, acaso no presumía los sacrificios conque se pagan...

TIB. ¡Madre!

CORN. No sé si el haberte formado para el heroísmo me costará el llorarlo el resto de mis días... Pero no será tu madre la que salga á estorbarte en el camino del deber...

TIB. ¡Madre mía! (La abraza.)

CLAU. Ni tu esposa. (Se arroja en los brazos de Tiberio.)

(Silencio y pausa. Tiberio se desprende de los brazos de Claudia que cae sollozando en los de Cornelia.)

TIB. Vamos, Appio. (Vase con Appio por el foro.)

VOCES (Dentro.) ¡Viva Tiberio! ¡¡Viva!!

TELON

ACTO TERCERO

(1) En el templo de Apolo. Hállase iluminado tan sólo á media luz por las antorchas. El eje del templo viene desviado un poco hacia la derecha del teatro. En la parte mas profunda que cae, por consiguiente, no en el centro, sino algo á la derecha del espectador, se abre en semicirculo el «adytum» (cámara secreta), constituído por una plataforma de la que descienden por ambos lados anchas escaleras. En el centro, entre ambas, un gran basamento sobre el cual la estatua de Apolo matando á la serpiente Pitón, queda colocada á la misma altura de la plataforma. Alrededor de esta esa tatua, en ornacinas labradas en la pared del «adytum», diversas representaciones de Apolo. En el basamento, debajo de la estatu principal, la cripta que hasta que se ilumine por dentro no dejará ver sino vagamente á la Sibila. Sobre el eje del templo, que debe colocarse como se ha indicado para que los grupos y personajes se presenten todos á la vista del espectador, próxima á la estatua de Apolo, el ara, y sobre ella los despojos de un carnero, dorados sus cuernos, que ha sido sacrificado, parecen consumirse por el fuego; al lado los instrumentos para el sacrificio, cuatro pebeteros con incienso y cuatro antorchas. La Sibila, según el verso lo indique y su arte le sugiera, hablará en éxtasis de visionaria ó presa de exaltaciones místicas y convulsiones furiosas. Sacerdote, sacerdotisas, ara, víctima, imágenes, todo debe estar profusamente adornado de laurel. Suena en el templo una música apenas perceptible señalando los tonos del recitado, especialmente á las sacerdotisas que han de pronunciar al unísono las silabas.

---

(1) Queda al arbitrio de quien representase esta obra, el prescindir de la primera y la última escena de este acto.

ESCENA PRIMERA

Doce SACERDOTISAS se abren en ala, seis á cada lado del ara. Junto á esta un SACERDOTE. CLAUDIA y CORNELIA frente á ellos á la izquierda

SACERDOTE
Del laurel el perfume se levanta
á los cielos y el humo de la víctima,
gratos al hijo de Latona. Escucha
propicio el dios Augur. ¡Habla, Cornelia,
pregunta! que el espíritu profético
invade el sacro templo...
CORNELIA ¡Oh, tú, Apolo!
¡Tú que de las edades el tupido
velo levantas y á los hombres muestras
los secretos arcanos! ¡mis angustias
compadece! ¡escúchame benigno!
La pasión los espíritus inflama,
aguzan los sicarios sus puñales...
¿Qué suerte aguarda á mi hijo? ¿Con su triunfo
triunfará la justicia? ¿La república
se salvará con él ó la soberbia
hará triunfar á la maldad? ¡Oh, Apolo!
¿Roma saldrá humillada ó vencedora?
¿La espera honor ó abyecta servidumbre?
SACERDOTE
Desde el Olimpo el poderoso Febo
te escuchará... Los ruegos de una madre
¿cómo no ha de atender compadecido?
Quieres saber la suerte de tus hijos...
CORNELIA
¡Quiero saber la suerte de la patria!
(La cripta se ilumina con brillante luz nacarada. Junto á la Sibila arde un braserillo alto con débil llama, en la que se fija anhelante como si recibiese de ella la inspiración. Al otro lado y detrás el trípode. Las Sacerdotisas se levantan.)
SACERDOTISAS
¡Sagrada pitonisa, tu frente se ilumina,
estremece tu rostro la inspiración divina!
De Tiberio ¡oh, Cornelia! vas á saber el hado.
¡Es madre! ¡ama á su patria! ¡el cielo la ha escuchado!
SIBILA (Extática.)
Sí... sí... rásganse en lampo repentino
las tinieblas del tiempo... En sus primeros

pasos inciertos, veo... allá... remota...
la humanidad que avanza en su camino...
de patriarcas, pastores y guerreros
la muchedumbre ignota...
Ciudades... monumentos ..
generaciones.. dioses. . pasán lentos
y se sumergen en la noche oscura
del olvido. Los engendra la dura
fuerza brutal... ¡la fuerza los humilla!
(Animándose.)
¡Roma surge del Tíber en la orilla!
¡Tú la fuerza le inspiras, oh, Quirino,
que te infundió tu genitor divino!...
¡La cubres tú con el augusto manto,
oh, Numa, del derecho sacrosanto!...
¡Roma inmortal! ¡El mundo por cabeza
te proclama! ¡Presa es á tu codicia!
¡Tú eres la fortaleza
porque eres la justicia!
¡Mas eres la justicia en tu radiante
gloriosa juventud,
porque eres la virtud!
Vesta severa... Ceres abundante...
fuerte Minerva, aceptan de tus gentes
sacrificios y preces, sonrientes. .
¡A empireo generoso, la sublimas
con honores, oh, Júpiter, divinos!
De las etéreas cimas
bajas, sobre tus águilas, del cielo...
Trazando ancha luminosa cola.
hiendes el denso azul en remolinos
que en sus llamas incendia y arrebola
el Sol desde el ocaso y con su hielo
perfila y borda en el zenit la Luna.
El rayo que rotundo
brotan tus plantas al rozar el suelo,
del Capitolio anuncia la fortuna.
¡¡Asiento del dios es, trono del mundo!!

El soberano monte resplandece
de los pueblos que avanzan en el coro
como en la noche espléndido meteoro...
Crece gigante... crece...
hasta el cielo remóntase arrogante...
Al infinito van, siempre adelante,
por los cuatro confines sus laderas...
¿Qué es lo que las empaña.. extensa mancha

que asciende de su base... acaso la ancha
sombra de nubes que Aquilón ligeras
impulsa hacia la cumbre?... ¡Los vencidos
son! ¡los imperios sometidos
que conducen gloriosos triunfadores!
Al sacro Capitolio, sobre flores,
en sus carros ebúrneos, arrastrados
por cuadrigas blanquísimas, atados
al estribo los reyes de las gentes,
seguidos de los pueblos conquistados,
ascienden reverentes
á proclamar ¡oh, Júpiter triunfante!
tu poderío divino,
tu protección á la ciudad constante.
¡Realizaste el presagio sibilino,
oh, de los dioses padre omnipotente,
y la ciudad que hiciste tú cabeza
del mundo, se te ofrece rebosante
de virtudes, de gloria y de grandeza!

SACERDOTISAS

Tú desde el Capitolio del mundo la señora
eres, el poderoso tu compasión implora...
La tierra silenciosa se rinde á tu codicia...
¡tú eres la fortaleza porque eres la justicia!
¡Loor, oh Roma, á tu austera gloriosa juventud!
¡Encarnas la justicia porque eres la Virtud!

SIBILA

(Presa de angustioso terror; el braserillo cambia el color de su llama hasta iluminar la cripta con intensa luz roja.)

Mas... ¿qué miro? ¡oh, Júpiter, clemente!
¡oh tú, Apolo benigno! Desvaría
extraviada mi mente...
¡Se apaga el luminar resplandeciente
del Capitolio!... ¡Albérgase sombría
la Perfidia en el templo profanado
de la Fidelidad! ¡Temblad, naciones,
tiempos, generaciones!
¡el hilo de las Parcas se ha quebrado!
¡su rumbo secular torció el Destino!
...Mi pecho se estremece...
veo á Tiberio... horror! ¡Veo el tumulto!
¡En tu sangre, oh Cornelia, se enrojece
tinto el Capitolino!
¡¡¡La Crueldad... la Codicia... la Lujuria...
la Traición... el cadáver insepulto
de la Virtud, con desatada furia,
injuriando el misterio

de la muerte, triunfal y coronado
pasean ultrajado
y le arrojan al Tíber!!!
CLAUDIA ¡Mi Tiberio!
(Cae sentada, oculta la cara, y permanece así hasta el final.)
SACERDOTISAS
¡Oráculo siniestro! ¡Oh, dioses inmortales,
vuestra misericordia detenga tantos males!
¡Esperad á que el pueblo, temiendo vuestros juicios,
aplaque vuestras iras con gratos sacrificios!
¡No permitais que al bueno quebrante el homicida!
¿Quién salvará abnegado á Roma envilecida?
CORNELIA
Otro, ¡oh, dioses! tengo aún con que aplacaros
otro hijo ¡oh, patria! ¡á ti te le destino!
¡con tu salud, él vengará á su hermano!
SIBILA
Acabáronse ya los días claros
de la virtud, ¡oh, Roma! tu camino
trazado está por inflexible mano...
¡Nadie afronte del hado
la corriente impetuosa!
¡A su rodar arrollador, violento,
nadie se oponga! ¡Inútil!... (Gritando.) ¡¡¡Desdichado!!!
¡¡¡La selva de las Furias sorbe ansiosa,
oh, noble Cayo, tu postrer aliento!!!
(La Sibila cae anonadada en el trípode. La cripta queda á media luz. Cornelia baja gravemente la cabeza sobre el pecho, é inmóvil parece no oir.)
SACERDOTISAS
Más te abruma, ¡oh Cornelia! que tu patria sucumba,
que el ver que á tus dos hijos arrebate la tumba,
¡matrona valerosa, de las madres honor,
cual Niobe maltratada, más fuerte que el dolor!
¡No calles, oh Sibila! los secretos arcanos
Apolo te confía, sola entre los humanos.
Aunque anuncies dolores, te conjuramos sigas.
¡La suerte de la patria queremos que nos digas!
SACERDOTE
¡De los dioses, primero, conciliemos
el ánimo irritado! ¡Derramemos
sangre pura y sin mácula, que aleja
la ira divina, de hostias inocentes!
Una noviila tráigase, una oveja.
¡Oremos reverentes!

MUTACION

Lugar de paso próximo al Capitolio. En el fondo la campiña. Una alameda, esmeradamente cuidada como jardín de población, corre á lo largo del escenario y se divide por la izquierda en dos brazos: algunos árboles y arbustos al lado derecho facilitan que puedan quedar ocultos los personajes en un segundo término cuando se indique.

ESCENA II

Entran por la izquierda fondo VALERIO y DIÓFANES DE MITILENE, paseando reposadamente

VAL. Sí, Diófanes. Yo luché contra Perseo á las órdenes de Paulo Emilio en aquella campaña que produjo de botín á Roma lo suficiente para que durante un siglo los ciudadanos romanos no tengan que pagar impuestos y, sin embargo, Roma me parece pobre... sólo Grecia espléndida y rica... Yo asistí al asalto de Corinto y ví profanados sus mármoles y sus templos... pero ¿qué importa que se trasladaran á la orilla del Tiber sus nobles despojos?... mi alma no sabe vivir sino en la patria de los artistas y los filósofos. Grecia, desde que es provincia romana, se ha hecho la señora de Roma...

DIÓF. Todo eso, Valerio, me halaga porque soy griego, pero no dejo de deplorar que una desmedida pasión del arte y la filosofía, aun cuando tampoco, siendo yo filósofo, podría reprochártela, te haya desviado de las ocupaciones á que tu rango te llamaba, apartándote de los negocios públicos.

VAL. Yo también lo deploro. Otro era el camino que empecé á seguir; la espada y la toga, la guerra y el Foro, tenían derecho á mi nombre y yo vocación por ellos... Ahora, después de suspirar en la ausencia por mi patria, vengo á ella... el juego de las luchas políticas, que desconozco, me parece cosa pequeña y mezquina... me siento impotente para todo. Muchas veces pienso si la disipación de los continuos viajes, las distracciones del arte ó acaso, acaso, la filosofía no serán la causa de esta impotencia.

DIÓF. No la sana filosofía, que ella demuestra la supremacía de la laboriosidad fecunda y generosa, de la integridad del carácter, y si enaltece el pensamiento es por ser principio y guía de la acción. Acaso no piense así la filosofía que hoy priva en Grecia... que hay allí más sofistas que filósofos..

VOCES (Dentro.) ¡Viva Tiberio! ¡¡Viva!!

(Empieza á entrar la comitiva de Tiberio y con los primeros Fulvio, por la derecha.)

FULVIO ¡Feliz casualidad el encontrarte!

VAL. ¡Fulvio!

FULVIO ¡Diófanes!

VAL. ¿Y en qué puedo servirte?

FULVIO A mí en nada. A la patria. Esta tarde reñimos la batalla decisiva.

VAL. ¡Triunfaréis!

FULVIO Creo que sí...

(Tiberio, que entra, Valerio, Diófanes, Fulvio y tres ciudadanos hacen grupo á la derecha del escenario. Los demás les rodean á distancia.)

VAL. Sabes bien cuánto estimo tus nobles cualidades, Tiberio, y con qué gusto vería prosperar vuestras reformas...

TIB. ¡Buena ocasión tienes de demostrarlo!

FULVIO Necesitamos de tí.

VAL. ¿De mí?

FULVIO Sí... no te alarmes... no pretendemos complicarte en la lucha política.

VAL. Ni lo conseguiríais. Tú sabes con cuánta repugnancia me aparté de esas cosas. Jamás me negué al pueblo; pero se me ha resistido siempre solicitar sus sufragios, mucho más pagarlos.

TIB. ¿No es decoroso pedirlos para una idea? Pero ahora no necesitas de ello. Tienes el derecho de asistir al Senado. Acude á él esta tarde.

VAL. ¿En serio? ¿Y si votase contra vosotros?

TIB. ¡Ah, Valerio! ¡Tan olvidado estás de estas miserias, que no comprendes lo que significa en la lucha el tener al frente de nuestros enemigos hombres generosos y justos como tú! Vota en contra nuestra... en el Senado nuestra causa está irremisiblemente perdida... no votes si lo prefieres... pero acude...

VAL. No comprendo el empeño que tenéis por precipitarme en la vorágine de esas contiendas... de las que no se sale cuando se quiere.

DIÓF. Se temerán sorpresas, acaso.

FULVI Lo que ocurra esta tarde en el Senado no lo sabemos á punto fijo... tememos la exasperación de los primates... no es gente que se allana á la derrota... Tu sola presencia bastaría para contenerles en los términos de lo legal y, en último caso, tu intervención amistosa.

VAL. No, Fulvio. Yo no tengo esa autoridad moral que supones. Mi retraimiento de tantos años me priva de ella y se encontraría injustificado que un recién venido pretendiera constituirse en árbitro.

TIB. Al contrario. He ahí una ocasión de indemnizar á tu patria de ese retraimiento. El, colocándote sereno é imparcial sobre nuestros enconos, te facilita el prestarla un servicio eminente... ¡quién sabe si el salvar á la ciudad! Todos los senadores sufren tu ascendiente.

VAL. ¡Mi ascendiente! ¡Si soy yo el primero en despreciarme!

FULVIO ¡No puedes proceder así llevando un nombre ilustre por el celo de tus mayores en defender la causa de los plebeyos!

VAL. En eso puede ser que tengas razón. Mi nombre es para mí casi un remordimiento.

TIB. No... Valerio... te calumnias... no eres un egoísta como tantos otros... ni puedes escudarte en su estrechez de entendimiento. Tú comprendes con la misma claridad que nosotros, que nuestra patria pasa por un momento crítico... que cuando este sol traspongа el horizonte, habrá salido la república dignificada ó para siempre envilecida, porque un impulso malogrado de las ansias redentoras del pueblo puede precipitarle en la corrupción.

VAL. Es bien posible... Pero...

TIB. ¡Veo que es inútil!

FULVIO (Aspero.) ¡No! Cuando los más desvalidos romanos se afanan por conseguir con el bien-

estar la dignidad del ciudadano y la grandeza de la ciudad, tú, patricio, heredero de un gran patrimonio, no tienes derecho á abandonarla; no puedes desertar del servicio de la patria.

VAL. (Condolido.) No necesitabas decirme tanto... siempre me he inclinado en vuestro favor.

FULVIO Entonces...

VAL. Pero, ¿basta decir á un paralítico, ¡anda! para que ande?... Sobre todo... ¿qué guardas para los que se os oponen?... No debes ser tan riguroso con quien se mantiene neutral y aun os otorga sus simpatías.

FULVIO ¡Pero sí comprendes que tenemos razón!...

VAL. Acaso demasiada razón... y no debe tenerse con quienes nos quieren bien...

FULVIO ¡Valerio!

VAL. ¿Me había de lanzar de repente, sin orientarme, en este mar revuelto y agitado, aun estando convicto de deserción? No, Fulvio; más sosiego requieren estas determinaciones... hay que darles el tiempo que necesitan.

TIB. ¡Ojalá no sea tarde cuando te resuelvas!

VAL. No hablemos más de eso .. os lo ruego. Paso unos días en Roma renovando recuerdos y amistades. No quiero llevar de ella amarguras que me alejen. . rencores que me hagan odiosa su memoria.

FULVIO ¡Cómo ha de ser!

VAL. Deseo sinceramente vuestro triunfo.

DIÓF. ¡Defendéis una causa generosa!

VAL. Paseando por estos lugares esperamos vuestras noticias.

FULVIO Hasta luego. (Se van Valerio y Diófanes por la derecha.)

TIB. Hay algo más doloroso que el rencor de los malos... ¡la indiferencia de los buenos!...

(Tiberio y los suyos avanzan unos pasos hacia la izquierda.)

FULVIO Yo os dejo; me es más cómodo para ir al templo de la Fidelidad, tomar ese camino que atravesar la multitud en los comicios.

TIB. Desde ellos estaremos casi á la vista. Espero que avisarás si algo ocurriese.

CIUD. 1.º ¿Qué ha de ocurrir? ¿Han de atreverse con nosotros?

TIB. Dejemos á los demás la responsabilidad de lo que hagan. Quienes me sigan sepan, con todo, que van á correr un riesgo...

VARIOS CIUDADANOS ¡Aunque así fuera! ¡Moriremos contigo! ¡Nadie te abandonará!

TIB. Estoy seguro de ello, que me habeis ayudado bien generosamente en esta lucha. Si tuviérais que continuarla sin mi auxilio..

FULVIO ¡Tiberio!

TIB. ... mi hermano Cayo está á punto de llegar...

FULVIO Será un bravo compañero de armas á tus órdenes...

TIB. ¡Quién lo sabe! ¡el porvenir sólo pertenece á los dioses!

FULVIO Llevemos con buen ánimo esta batalla... es la salvación del pueblo.

UN CIUDADANO ¡Y la salvación del pueblo es la salvación de Roma!

OTRO ¡Formemos ciudadanos!

OTRO ¡Libertemos la tierra!

FULVIO ¡Hagamos de ella el asiento de una raza feliz y poderosa que perpetúe en la austeridad y el trabajo la gloria de nuestra patria!

TIB. ¡Felices los tiempos que lo vean... y feliz nuestra patria si aprovecha sus últimas energías para salvarse!...

UN CIUDADANO Sí... que á poco que Roma avance en el camino de la corrupción, no tendrá remedio y perderá su libertad...

TIB. Es fatal... Mis enemigos me achacan que trato de implantar en mi favor la tiranía... ¡Aún no ha llegado la hora de la tiranía porque quedan restos de la antigua virtud! Sí, amigos míos... Patriotismo, dignidad, abnegación, humanidad, justicia, en sola una palabra, Virtud.. la libertad la acompaña inseparable como acompañan al sol la luz y el calor del día. Ante el pueblo que merece ser libre, se disipan fugaces las tinieblas del despotismo; no teme la tiranía, no se le puede imponer, sin acudir á la violencia, la desaloja, la excluye... Pero se pone en el ocaso el luminar de la virtud y la noche de la servidumbre invade silenciosa á las naciones; la confusión sucede á la justicia, el egoísmo

á la abnegación patriótica, la dignidad se arrastra envilecida en adulación y en codicia, todo es corrupción y cobardía... Inútil hablar entonces de libertad. El tirano nace... mejor dicho, se reclama, se crea... por todos los caminos surge inevitable. Se encumbrará á los libertadores y los libertadores se convertirán en déspotas; se conjurará al pueblo y el pueblo procederá como tirano; se acudirá á la fuerza de las armas y las armas pondrán cadenas á la ciudadanía... ¡Todo es noche de tiranía donde no luce el sol de la virtud!...

FULVIO Pero, ¿cómo se restituye al pueblo á la virtud cuando la ha perdido?

TIB. Evitad tener que resolver ese problema, y para ello, aprovechad bien lo que aún queda de virtud en Roma... Cayo es demasiado joven... que vuestra experiencia le guíe.

FULVIO Pero, ¿por qué no has de ser tú quien lo haga?

TIB. ¿No llegarán algún día nuestros enemigos á ver realizados sus siniestros planes?

TODOS ¡Ah! ¡No!

UN CIUDADANO ¡Te vengaríamos!

TIB. ¿Qué dices, Blosio, mi fiel amigo? Me vengaríais, ¿y en quién? ¡Renunciad á vengarme, pues que sólo podríais hacerlo á costa de la patria! ¡Fulvio! inculcaselo á Cayo... ¡todo lo ha de esperar el pueblo del amor, nada de la venganza!...

FULVIO Lo haré... si los dioses consienten que no puedas ver tu propia obra.

UN CIUDADANO (Que llega por la izquierda.) Tiberio, el pueblo te echa de menos y está intranquilo por tu ausencia...

TIB. Adiós, Fulvio...

FULVIO Adiós, Tiberio... (Fulvio va por la izquierda, por la salida más próxima al público, y Tiberio y los Ciudadanos por la izquierda fondo.)

VOCES (Que suenan lejanas) ¡Viva Tiberio! ¡Viva!

ESCENA IV

Salen desordenadamente por la derecha, armados desigualmente y con diversos trajes, numerosos esclavos. Con ellos vienen SATURNEIO y SEPTIMULEYO. Acampan por grupos, semiocultos, jugando y hablando mientras dura la escena. Septimuleyo viste grotescamente con profusión de armas ofensivas y defensivas; en el trascurso de esta escena la tarde avanza y llega el crepúsculo

SAT. A tus órdenes queda en mi ausencia esta gente, Septimuleyo. Espero que sabrás cumplir.

SEP. Confía en mí. Sé lo que conviene en estos trances...

SAT. Os ponéis en marcha en cuanto veáis izada allí, (Señalando hacia la izquierda.) en el templo de la Fidelidad, una flámula verde.. es la señal convenida.

SEP. Entendido.

SAT. Vuestra misión consiste tan sólo en cortar la retirada á los que huyan.. Que no os vayáis á distraer en otras empresas por distinguiros... cuidado con extralimitarse...

SEP. Yo sabré contener los ímpetus de mi gente... ¡la disciplina sobre todo!

SAT. El objetivo esencial es apoderarse de Tiberio; vivo, si puede ser; si no, muerto... Sabes que quien le coja cobrará el peso de su cabeza en oro...

SEP. (Cavilando.) Entonces.. para que pueda pesarse su cabeza... convendrá cogerlo muerto...

SAT. Descuida. Aunque le cojamos vivo, pronto se podrá pesar su cabeza separada de su cuerpo. (A la banda.) Ya lo sabéis, amigos: en mi ausencia obedeced á Septimuleyo.

VOCES ¡Igual nos da!.. ¡Es lo mismo!...

SEP. Respondo de ellos... me obedecerán. Sé mandar y hacerme obedecer.

SAT. ¡Salud!

SEP. Los dioses te guarden.. (Echándose cuentas.) En casos como este sé bien lo que conviene hacer... Beberá á todo pasto caldo de plomo... hasta que pese bien...

Esc. 1.º ¿Se permitirá el saqueo?

Sep. ¡Voto á Mercurio! ¡Ladrones desvergonzados! ¿Habláis de saqueo? ¿Sabéis lo que es un saqueo?

Esc. 1.º ¿Que si lo sé? En un saqueo me hicieron esclavo después de matar á mis padres ancianos...

Sep. ¿Estamos acaso en la Galia? ¿Crees que vamos ahora á asaltar una ciudad enemiga? Vuestro amo Nasica y los primates, cuya causa defendemos, os lo agradecerían bien poco... No habrá saqueo, ¡hienas sin entrañas!... aunque podréis desvalijar á los que queden sobre el terreno...

Esc. 1.º ¿Aunque estén vivos?

Sep. Los remataís primero... para que nadie murmure...

Esclavo Pues si no hay saqueo, ¿para qué tanto prometer?

Sep. Habrá vino... habrá dinero... y al que se porte bien acaso se le hará hombre libre... aunque entre todos vosotros no hay uno que merezca serlo...

Un liberto ¡Valiente cosa! Yo soy liberto, y ¿de qué me sirve la libertad?... Sólo se me permite hacer libremente lo que se me manda...

Esclavo Yo preferiría el saqueo .. Si no se nos concede la libertad de saquear, ¿para qué queremos la libertad? ¡Un día de saqueo y después... morir! Tengo de toda mi vida hambre de libertad... de vino... de placeres... la saciaría en una noche... Todas las amarguras de esta maldita vida de servidumbre las desahogaría en la matanza y el incendio...

Sep. Hay una pequeña dificultad... Todavía mañana habrá en Roma látigo para los borrachos, calabozos para los ladrones y cruz para los violadores y asesinos... Por esta vez, bandido, tendrás que ser virtuoso. Aún no ha llegado nuestra hora.

Esc. 1.º Pues la libertad sin el dinero... ni el vino... ni las mujeres...

Lib. Creedme que no vale la pena... Yo renunciaría á ella y á todo eso si tuviera con qué vivir... Antes trabajaba para Nasica y él me sostenía.. Ahora trabajo también para

él y me tengo que sostener... ¿Que tengo más derechos de ciudadanía? ¿para qué los quiero? El pan, el pan es lo que quisiera tener asegurado.

Esc. 1.º ¿Sabes lo que se me ocurre? Que tú debías ser de los amigos de Tiberio... Dice que va á dar á todos los ciudadanos tierras y trabajo...

Lib. Que nos las dé... yo seré de quien nos las dé.

Esc. 1.º Pues anda... vete... y espéranos allí...

Lib. Eres muy amable. Aun puedo esperar algo de los primates... todavía no me conviene irme con los otros...

Esc. 1.º Cuando triunfen los de Tiberio... entonces serás de ellos, ¿eh?

Lib. Además Septimuleyo no me dejaría... y yo no soy de los que se rebelan... Que me diesen tierras que trabajar, ¡ya lo creo!

Esc. 1.º ¿Y para eso quieres la libertad? ¿para trabajar? Pues si yo fuese libre haría que los demás trabajasen para mí, ¡ah! y que andarían bien listos ó el látigo crujiría sobre sus costillas. Mandar... gozar... tener esclavos, muchas riquezas, hacer siempre y por encima de todo lo que le venga á uno en gana... eso entiendo yo que es ser libre.

Voces ¡Es claro!

Esc. 1.º Y si no es eso... no es nada. Tú, compañero, sigues siendo esclavo. Las cadenas te han hecho perder el juego de tus miembros.

Lib. Podrá ser... pero tú aunque te las quitaran volverías pronto á verte cargado de ellas entre las rejas de la prisión.

Esc. 1.º Servirás toda tu vida.

Lib. Tú serás siempre el esclavo de tu desenfreno.

Esc. 1.º ¡Eres un pusilánime!

Lib. ¡Libertino!... ¡déspota!

Sep. Callad ya... ¡retóricos!... Bien os están las cadenas; á ti porque no te hallas sin ellas.. á ti porque quieres imponérselas á los demás y gozar de la libertad tú solo... ¡Par de desalmados! ¿qué sabéis vosotros lo que es ser libre?... ¿habéis frecuentado, como yo, relaciones distinguidas? ¿habéis hablado de

igual á igual con los más poderosos patricios?

(Entran por la derecha Trago, borracho, y dos Ciudadanos que le ayudan á andar.)

ESCLAVO Mira, mira... ciudadanos que van á votar...

LIB. ¡Si es Trago... el famoso Trago, el centurión!...

CIUD. 1.º (A Trago.) Un poco más de prisa, que vamos á llegar tarde.

TRAGO Vamos... vamos allá...

LIB. ¿A dónde tan decidido, Trago?

TRAGO ¿A dónde?... ¡Al Capitolio!

SEP. ¿Vas á votar á Octavio? Me parece bien.

CIUD. 1.º Vamos á votar á Tiberio.

SEP. ¿A Tiberio?... Os habrán pagado más que los otros, ¿eh?

TRAGO ¿Pagar... dices... pagar? Ni tú ni los que te pagan á ti... tenéis dinero para hacerme votar contra Tiberio.

CIUD. 2.º No le hagas caso... es de los agentes de Nasica...

TRAGO Tiberio... señores... Tiberio... (Hace una mueca que quiere ser una reverencia.)

SEP. Pues daos prisa... que si os descuidais no le vais á alcanzar.. Pero... ¿Qué le debeis á Tiberio?

ESCLAVO ¿Os va á sacar de pobres Tiberio?

CIUD. 1.º Ni necesitamos que nadie nos mantenga... vivimos de nuestro trabajo.

ESCLAVO Pues entonces, ¿qué os importa de eso?

CIUD. 2.º Somos ciudadanos romanos y miramos por el bien de la ciudad... Pero estas son cosas que tú no comprenderás...

ESCLAVO No. Ni quiero

LIB. ¿Eh? No sois aquí los únicos hombres libres... y los demás también podemos juzgar... Lo que quiere Tiberio es agitar al pueblo... rodearse de popularidad, que le ayudéis á quitar de enmedio a los que defienden la república y se oponen á su ambición, para después coronarse tirano de Roma.

TRAGO ¡Mentira! ¡Mentira! vuelvo á decir...

CIUD. 1.º Cálmate. Sus amos se lo han contado y les mandan que lo repitan.

TRAGO Ni á ti ni á los que te pagan os consiento...

LIB. Pero, ¡quién había de decir que la ley sem-

pronia y el reparto de las tierras del *ager públicus* apasionasen tanto á Trago!

TRAGO Yo no sé de esas cosas... ¿tierras? que las labren otros... á mí... de lo tinto.. Pero Tiberio tiene razón... Tiberio, señores... es Tiberio... (La misma mueca de antes.)

SEP. ¡Concluyente! Pero la gente no se fía de él.

TRAGO ¿No se fía?

(Siguen hablando bajo. Entran paseando por la derecha Diófanes y Valerio.)

DIÓF. Sí... La leyenda del Capitolio, dicen, instituye á Roma cabeza del mundo; en los libros de la Sibila que guarda su templo, se han trazado sus destinos, ¡los dioses cuidarán de que se cumplan! ¡Insensata confianza! Germina en Roma el virus que ha de destruirla; la corrupción, que llega con la riqueza y el poder...

VAL. (Deteniéndose y señalando á Trago.) ¡Aguarda! (se paran y oyen á distancia.)

SEP. Sí... daos prisa, que de otro modo vuestros votos se cotizarán más baratos...

CIUD. 2.º Pero, ¿crees que vamos á vendernos?

SEP. No... no es eso... Orgullo no os falta... Y, sin embargo, cualquiera pensaría que sois de los que nada tienen que perder...

TRAGO (Adelantándose á pesar de los esfuerzos de los dos ciudadanos que hacen por contenerle y encarándose con Septimuleyo.) ¿Que no tenemos nada que perder has dicho?

CIUD. 2.º No te enfades,.. A mí no me ofende... si es verdad.

SEP. ¡A ti no, pero á Trago! ¡A dónde vamos á parar!

TRAGO A mí sí... ¿que no tenemos nada que perder?... ¡Más que tú!

SEP. ¡Ja, ja! ¿Desde cuándo eres capitalista?

TRAGO ¡Más que tú!... No lo he sido nunca.

LIB. ¡Ah!

TRAGO Cuando yo era joven... no tenía un as... pero tenía mi juventud...

LIB. ¡Buena hacienda!

TRAGO Partí á la guerra... conquisté tierras en Africa y España...

UNA VOZ ¡Salve, Alejandro!

TRAGO Bueno... yo sé lo que digo... ¡Algo tenía que

perder! Y lo perdí, porque vuestros amos se repartieron todas aquellas tierras... Entre tanto perdí mi juventud...

LIB. Entonces ya lo perdiste todo.

TRAGO Me quedaban mis brazos... ¿para qué?... sólo había trabajo para los esclavos... perdí...

LIB. ¿Qué? ¿tus brazos?

TRAGO El uso de ellos que es lo mismo... Tras de eso la miseria... el vilipendio... el vino que ahoga las penas... perdí mi salud... mi razón... mi vida... ¿Y mi familia? ¡Yo tenía una hija! ¿Qué se ha hecho de mi hija?

LIB. Por ahí la pasea Saturneio bien elegante...

TRAGO ¡Malvados! ¡La miseria la echó á la calle! ¡Ah, Saturneio, maldito Saturneio... tú te aprovechaste de su miseria para perderla!...

SEP. De modo que si lo has perdido todo... tú confiesas que nada te queda que perder...

TRAGO ¡Más que á ti!

SEP. ¿Aún te queda algo?

TRAGO La vergüenza... que tú tienes perdida...

SEP. ¡Anda allá, borracho! (Le vuelve la espalda.)

TRAGO ¿Qué has dicho? ¿Borracho?

CIUD. 1.º Dejales, hombre.

CIUD. 2.º ¡Si no son ciudadanos!

TRAGO ¿Borracho?

CIUD. 1.º Son esclavos.., Vámonos, ¿hemos de abandonar á Tiberio?

TRAGO No... ¿abandonar á Tiberio?... No... ¡Esclavos!... Vámonos... ¡al Capitolio!

(Vanse por la izquierda fondo Trago y los dos Ciudadanos.)

VAL. La lealtad de ese borracho me avergüenza, Diófanes...

DIÓF. ¡Y aquellos dos honrados ciudadanos!

VAL. ¡Van ellos arrastrando sus miserias y yo me resisto á ocupar un puesto de honor en el Senado!

DIÓF. (Señalando á Septimuleyo.) ¿Algún gladiador?

VAL. Puede ser... le ví una vez...

DIÓF. Es siniestro...

VAL. Observemos sin cohibirles... (Se retiran al paño. Algunos esclavos se han acercado á Septimuleyo y le rodean en grupo.)

LIB. ¿Y hablas tú de libertad? Es cosa que em-

pacha. ¿No ves cómo pone de orondos á esos pobretes el decir á boca llena: soy ciudadano?

SEP. Qué, ¿otra vez filosofías? (Solemne.) Yo también soy ciudadano... pero estas cosas no os interesan... En todo pensais menos en la alta misión que en estos instantes os tienen confiada los más ilustres patricios... Hoy se habla mucho... todos son oradores... y que todas esas... retóricas.. no nos vayan á distraer de la magna empresa que hemos de decidir... ¡Haced lo que los patricios os mandan!.. que no hay más dios que el dinero, ni más ley que el capricho de los que pueden, ni más patria que la comodidad, ni más razón que la fuerza.. y con esto... ya sabéis bastante filosofía... (Algunos esclavos ríen y murmuran.) ¿Qué es eso? ¿quién lo duda? ¡Hola! Creedme, hijos míos, siguiendo estos transcendentales principios, hemos de hacer la conquista de Roma... Sí, vosotros, los que soportais humillación y servidumbre. ¡Roma será nuestra!

VOCES ¡Eso!... ¡Eso!... ¡El saqueo!...

SEP. ¿Quién osa interrumpirme? ¡Roma será nuestra, repito! Nosotros estamos con los patricios porque ellos tienen la fuerza... Los patricios tienen la fuerza porque nosotros estamos con ellos. Por consiguiente... los patricios y nosotros triunfaremos; dejaos de democracias, de filosofías y de discursos... ¡Triunfaremos!.. Los demás á callar y á servir... Roma no necesita ciudadanos... gritan demasiado en el Foro y cobran caro su trabajo... Nosotros somos más dóciles y baratos... Así, pues, confiad en la honrada palabra de vuestro jefe... ¡Los dioses infernales me inspiran! ¡Roma será nuestra!

VOCES ¡Bravo! ¡Será nuestra! ¡El exterminio! ¡El saqueo!

SEP. Pero será nuestra si no os distraéis con retóricas para dároslas de oradores... será nuestra si en esta solemne ocasión sabéis conduciros como corresponde á vuestro honor... y al mío... á vuestra lealtad y á la mía... á vuestra... á vuestro...

ESC. 1.º ¡Basta ya de arengas!... ¡los dioses te confundan!...

VOCES Vámonos... vámonos... (Cogen sus armas.)

SEP. ¿Cómo? ¿qué es eso? ¿qué disciplina es esa?

UNA VOZ ¡La flámula verde!

SEP. ¿Eh? ¡Hijos míos! ¡Vayamos adonde nos llama la voz del deber! La república peligra. ¡Sacrifiquémonos por ella! ¡Confiad en vuestro honor... y en el!... (Mientras dice estas palabras, los esclavos se ponen desordenadamente en marcha.) ¡Deteneos! ¿Quién manda? ¡Yo á vuestra cabeza! (Como no se detienen corre á ponerse al frente. Aparte.) ¡Cualquier día dejo yo que se me anticipen á coger á Tiberio! ¡¡En marcha!! (Con la espada tendida. Vanse por la izquierda fondo. Valerio y Diófanes entran por la derecha.)

DIÓF. ¿Una conspiración de los primates?

VAL. ¡Evidente! ¡Y ese hombre grotesco habla de conquistar á Roma!

DIÓF. ¡Y la conquistará! Cuando á él han acudido los más nobles patricios (Subrayando estas palabras.) es porque la tiene medio conquistada. Roma peligra.

VAL. ¡Con qué claridad lo veo!... La generosidad de Tiberio, la virtud, de un lado... el egoismo de los primates, la corrupción, del otro... ¿No es el abstenerse hacerse cómplice de Septimulyo? ¡Fulvio, generoso Fulvio, con cuánta razón me apostrofabas!

DIÓF. Y los amigos de Tiberio, sobre un volcán, sin sospecharlo.

VAL. ¡No hay un instante que perder! ¡Voy al Senado! (Vase por la izquierda.)

MUTACIÓN

Junto al Templo de la Fidelidad cuya fachada trasera se ve á la izquierda con una puerta de salida. El telón de fondo simula un camino ascendente que bordea la colina del Capitolio desapareciendo tras del templo; se ven en el llano, puede suponerse que á cincuenta ó sesenta metros de desnivel, el campo de Marte y el Tíber. Cae el día; rojos celajes colorean la escena. A la derecha algunos árboles y arbustos

ESCENA V

FULVIO FLACCO y APPIO CLAUDIO, seguidos de un grupo de amigos y clientes, salen del templo dando señales de consternación

APPIO ¡Se desoye la voz de la razón!

FULVIO Yo mismo avisaré á Tiberio.

APPIO Sí, prevenle lo que se trama.

(Fulvio va precipitadamente por la izquierda fondo. Entran por la derecha Valerio y Diófanes.)

VAL. ¡Appio Claudio sale!

DIOF. ¡Acaso ya es tarde, Valerio!

APPIO (A su comitiva.) Id vosotros... vuestra edad os lo permite, ¡ayudad á Fulvio! ¡salvad... si podeis... la vida de Tiberio!

VARIOS ¡Vamos! ¡Sí! (Se van por la izquierda fondo excepto dos más ancianos que quedan con Appio.)

VAL. ¿Qué dices Appio? ¿La vida de Tiberio?

APPIO Sí... En el templo de la Fidelidad ¡oh sarcasmo! ¡en el templo de la Fidelidad!... ha deliberado el Senado... ¡Deliberar!... Nasica ha declamado una acusación destemplada y mal aprendida; que Tiberio aspira á perpetuarse en las magistraturas, que halaga y seduce al pueblo para levantarse sobre él con la corona de los Tarquinos.

VAL. ¡La miserable acusación con que tantas veces ellos, los verdaderos reyes de Roma, han conseguido dividir y vencer al pueblo!

APPIO Pedía que Tiberio fuera condenado á muerte y ejecutado en el acto y hubiera sido cosa de reirse... tan incoherentes eran sus razonamientos, tan grotescas sus actitudes. Los senadores, sin embargo, le aplauden á destiempo pero con decisión. ¡Se llevaba todo convenido, la razón ó la sin razon era lo de menos! ¡Tiberio será condenado!

VAL. Pero ¿sin forma de proceso?

APPIO Fulvio se ha levantado á contestar. No han querido oirle. Golpeaban las mesas y ahogaban nuestra voz con sus clamores. Puestos en pié y á los gritos de ¡viva la república! ¡muera Tiberio! han comenzado violentamente la votación. ¡A qué esperar su resul-

tado! ¡Se habla de libertad y se atropella la ley! ¡Ah, ¡La sangre correrá en Roma! ¡si yo tuviera fuerzas para pelear! ¡No las tengo! Oh dioses! ¡Compadeceos de la ciudad! (Vase por la derecha.)

VAL. Te dejaremos en lugar seguro.
(Vanse todos por la derecha.)

ESCENA VI

Un gupo de Senadores con NASICA, TACINIO y PAMPERO á la cabeza, salen tumultuosamente del templo

NAS. ¡No se hable de la ley! ¿por respetarla hemos de perdernos? (Nasica se va hacia el fondo y mira hacia la izquierda; los demás quedan en primer término.)

TAC. ¡No, antes que todo es la república!

PAM. ¡Que muera el tirano! ¡esa es la primera de nuestros leyes!

SENADOR La más sagrada.

TAC. La más antigua...

SENADORES Acabemos con ellos.. Nos bastamos nosotros para restablecer el orden...
(Sale del templo Marciano.)

MAR. No hay tiempo que perder... he visto á Fulvio abrirse paso entre la muchedumbre y hablar con Tiberio.... se aprestan á la lucha.

TAC. Se disponen á luchar ¿y aun vacila el cónsul?...

MAR. No hay quien le convenza...

TAC. ¿Para nosotros todo el rigor de la ley y todas las licencias para los perturbadores?

PAM. ¡Desengañémonos. . habrá que defender la república contra el cónsul!...

TAC. ¡Contra todos sus enemigos!

SENADORES ¡Contra todos!
(Se oyen rumores prolongados y gritos amortiguados por la distancia.)

NAS. (Siempre mirando á la izquierda, aparte.) ¡Ah!... Esto se va poniendo en sazón...

PAM. ¿Qué habrá ocurrido?

MAR. Nada... alharacas de la plebe... cuando se encuentran muchos juntos se figuran que lo pueden todo...

NAS. (En el fondo aparte.) La gente se arremolina... Saturneio llega corriendo...

MAR. Se arregla en seguida... unas docenas de muertos y todo como una balsa...

PAM. Retrasémonos un instante y el cónsul no tendrá que preocuparse de las leyes de la república... no quedarán república ni leyes...

(Entra Saturneio precipitadamente por la izquierda y se dirige á Nasica.)

SAT. (A Nasica.) La masa está en punto... La plebe se descompone... Tiberio no puede dominarla...

NAS. ¿Qué ha pasado?

SAT. Alarmada al ver llegar á Fulvio jadeante, —¿Qué es? ¿qué ocurre?...—preguntan de todos lados... Tiberio sube al estrado... entre el barullo no se puede hacer oir... quiere decirles más con señas que con palabras, que por el acuerdo del Senado su cabeza peligra, y al llevarse las manos á ella, nuestros agentes, que acechaban esparcidos por un lado y otro...— ¡Es que pide la corona!...—exclaman Ha sido un golpe maestro. Unos lo creen, otros vacilan, otros se irritan y nadie se entiende... A estas horas luchan entre sí...

NAS. ¿Todo está preparado?

SAT. Todo. Una parte de nuestra gente circunda el Capitolio del lado del Campo de Marte.. La otra, avanza por la Vía Sacra... Cercados quedarán entre los nuestros...

(Continúan los rumores lejanos. Asoma por la derecha la gente de Septimuleyo.)

MAR. Lo que yo digo es que nuestra paciencia se ha agotado...

PAM. No hemos de tolerar, que el cónsul menosprecie al senado.

SENADORES Sí... que Nasica nos mande...

(Nasica y Saturneio se han aproximado hacia el grupo de Senadores.)

NAS. Amigos míos, ha llegado el momento.

PAM. ¡Manda! ¡Te seguiremos!

NAS. Tiberio acaba de pedir la corona. ¿Habrá aun ley que le ampare? El pueblo al fin le ha abandonado.

TODOS ¡Viva la república! ¡Muera Tiberio!

NAS. (Recogiendo la toga sobre el brazo izquierdo y empu-

ñando la espada.) ¿Dejaremos perderse la república por guardar las formalidades de la ley? Pisotean ellos las leyes, ¿y á nosotros ha de contenernos su respeto? ¡El cónsul nos entrega á los agitadores! Quienes quieran salvar la república, ¡que me sigan!

TODOS (Sacando sus espadas de debajo de la toga.) ¡Muera el tirano!

SEPTIMULEYO Y LOS SUYOS ¡Muera el tirano! (Vanse todos por la izquierda fondo)

(Salen por la derecha Aurea y detras Corvino.)

CORV. Pero, ¿adónde vas?

AUREA (Siguiendo con la mirada á los últimos esclavos que salen.) ¡Qué significa esto, padre mío!

CORV. Considera... estamos en medio del tumulto no es prudente... podrían atropellarnos...

AUREA ¡Oh, dioses inmortales!... ¿Seréis capaces?... ¡Sois unos malvados!...

CORV. Hija, hija... Basta ya. ¿Quién sino tú ha despertado el encono de Nasica? ¿No clamabas venganza esta misma tarde? ¿no le pedías la vida de Tiberio?

AUREA ¡Esa es mi angustia,.. pobre de mí... condenada á anhelar el amor y á verle envenenado por el desdén y los rencores!...

CORV. Pues bien... sé sensata...

AUREA No. Yo necesito saber en qué para esto...

CORV. Si te empeñas, subamos al templo; desde él verás lo que pase... Anda. (Empuja suavemente á Aurea.)

(Entra Aurea en el templo.)

CORV. (Aparte.) ¡El momento se acerca!... ¡Ah, Sempronio, hijo de Sempronio! ¡Se puede sufrir la humillación por el placer de la venganza!... (Entra en el templo.)

(Se oyen clamores algo más próximos que antes. Entran Valerio y Diófanes. Valerio va precipitadamente al fondo y mira desde allí á la izquierda.)

VAL. Sí... es tarde, ¿y qué haremos desarmados?... ¡Oh! Bandadas de gente que huye en todas direcciones...

DIÓF. ¿Una refriega?

VAL. ¡No... una matanza!... ¡Rodeados de esclavos y mercenarios! .. ¿Qué haces, Roma, de tu ciudadanía?

DIÓF. (Que se ha colocado junto á Valerio y mira también

á la izquierda.) ¡Cobardes... les acuchillan sin piedad!... El área se despeja... se desbandan...

VAL. ¡Qué han de hacer sin armas! ¡Oh, heroico Tiberio... No te abandona el pueblo. no... á centenares caen acuchillados... Se abren paso... vienen hacia aquí...

(Valerio y Diófanes se colocan junto al templo dejando pasar un grupo de ciudadanos que salen en tropel por la izquierda.)

UN CIUDADANO ¡Corramos á armarnos!

OTRO No podemos salvarte, Tiberio. ¡Te vengaremos!

OTRO ¡Cien vidas por la de mi hermano!

OTRO ¡Mueran los asesinos!

TODOS (En grito cerrado.) ¡¡Mueran!!

(Vase el grupo por la derecha corriendo.)

DIÓF. Empieza á fructificar la semilla..! ¡cuánta sangre ha de costar esta sangre!

(Vuelven Valerio y Diófanes á mirar como antes.)

VAL. ¡Oh!... ¡espantoso! ¡Son sus compañeros... son tribunos los que descargan sus golpes sobre él...

DIÓF. ¿Eh?... ¿muerto?

VAL. No... se levanta... ¡y no tener un arma!

(Valerio y Diófanes abren paso. Tiberio, con la frente herida y la cara ensangrentada, entra retrocediendo con paso vacilante. Le siguen los Senadores y esclavos armados y, destacándose de ellos, Saturneio y otro tribuno, el uno alzando una estaca y el otro empuñando una espada. Fulvio le protege agarrándose con el que levanta la estaca é interponiéndose.)

FULVIO ¡Asalariados!... ¡miserables!

TIB. ¡Saturneio!... ¡Lucio Rufo! ¡los tribunos de la plebe!...

ALGUNOS ESCLAVOS ¡Muera el tirano!

TIB. ¡Pobre pueblo... traicionado!

(Cae muerto Tiberio en el centro y fondo del escenario. Fulvio le recoge y palpa sus heridas. Septimuleyo se coloca junto á él como haciéndole guardia. Saturneio y los demás se detienen ante el cadáver. Valerio se cuadra queriendo contener á Nasica que avanza hacia Tiberio.)

VAL. ¡Por el nombre que llevas!

NAS. (A los esclavos.) ¡Detened á esos extranjeros!

VAL. ¡Matadme antes!... ¿extranjero yo? (Dos es-

clavos le sacan á empellones por la derecha. Diófanes le sigue.) ¡Cobardes!

SEP. (Después de examinar el cadáver de Tiberio se acerca á Nasica y cuadrándose le dice.) Muerto está.

NAS. (Ante el cadáver de Tiberio.) ¡Alguna vez que te veo con los ojos bajos, mi querido primo. ¡Qué modesto es ahora tu continente! Míra-le bien, Fulvio, tú que tantas veces nos has amenazado con su popularidad... ¡de eso le ha servido!

(Septimuleyo cubre el cadáver con un lienzo blanco.)

FULVIO ¡Oh, el más generoso de los romanos! ¡Oh, excelso Tiberio! ¡Todo el oprobio que te espera, Roma, no bastará á hacerte espiar la miserable muerte del mejor de tus hijos!

NAS. Ocupémonos ahora en prepararle funerales como corresponden á tan excelso ciudadano... regios. ¡Septimuleyo!

SEP. ¡Presente! (Se adelanta cuadrándose ante Nasica.)

NAS. Dispón un trono, un manto real, una corona... Le llevaréis en triunfo y... le arrojaréis al Tíber...

SEP. Así se hará, señor.

FULVIO (Aparte.) ¡Hasta después de muerto! ¡malvados!

(Salen del templo Aurea, después Corvino, queriendo detenerla.)

CORV. ¿Adónde vas? ¡Por tu vida!

AUREA ¡Miserables! ¡Asesinos! ¿Dónde está?... Quiero verle...

NAS. (Volviéndose y estorbándola el paso.) ¿A quién?

CORV. Se ha empeñado en ver á Tiberio...

NAS. ¡Desdichada! ¿Todavía Tiberio? ¡Por los dioses infernales!

CORV. No te irrites, Nasica, ¿qué puedes temer de él?

NAS. A fe que no. (Simulando una jovialidad que resulta feroz.) Pero... ¿por qué no se lo has dicho á tu marido, Aurea?... Me tienes por poco complaciente. ¡Ja... ja!... Justamente he sabido que tenías el inocente capricho de dar á Tiberio un beso en la frente. ¡A ver! ¡Ja... ja!... ¡Septimuleyo!... suspende el triunfo... el amor rinde sus homenajes al triunfador... levanta ese sudario... (Septimuleyo descubre la cabeza de Tiberio.)

AUREA ¡Oh! ¡Es él!

NAS. (Empujándola bruscamente.) Acércate... besa... Ahí tienes la estrella...

AUREA ¡Muerto por mí!

NAS. Estrella apagada al fin para ti y para el pueblo... (A Saturneio.) Ya lo ves... no quiere. ¡Ja... ja!... la has calumniado, Saturneio...

AUREA ¡Monstruo! (Cae desvanecida en los brazos de Saturneio.)

SAT. (Aparte, recogiéndola sonriente.) ¡El pueblo y tú, almas cándidas, tenías, al fin, que acogeros á mí!

MUTACION

Interior del templo de Apolo; la misma decoración de antes. Han desaparecido Claudia y Cornelia. En el ara, la cabeza y despojos de una ternera blanca, en lugar del carnero de antes (1).

ESCENA VII

SACERDOTE, SACERDOTISAS y SIBILA. Las antorchas, casi consumidas, apenas alumbran. El braserillo esparce por la cripta una luz violácea

SIBILA

¡Ya no hay luz en el tétrico horizonte!...
¡se ha entristecido el mundo!... ¡el cielo llora!...
Yace apagado el luminoso monte
de la virtud, y en sombras, sin decoro
el egoísmo medra, el crimen mora,
que los reflejos pálidos del oro
son luz falaz que brilla y no ilumina...
¡Teñida la ciudad en sangre se halla...
en sangre siempre fresca... ante su ruina
sus ojos de llorar jamás enjutos!...

(1) Puede también para facilitar el cambio de decoración bajarse un telón corto que, en el teatro á oscuras, deje ver solamente la cripta y la Sibila; las Sacerdotisas hablarían desde dentro. Siendo esencial para el efecto de esta escena que suceda instantáneamente á la anterior, en el caso de representarse el drama, si no pudiese hacerse con el movimiento de simples telones la mutación, vale más ponerle fin con la escena que precede.

Tras breve gritería, el Foro calla..
las cervices se humillan...—¡El tirano!
¡el tirano!—reclaman disolutos...
¡el pueblo es plebe... siervo el ciudadano!...
Esclavos del vencido, vuestras tierras
labran los extranjeros, vuestra enseña
defienden ellos, su altivez desdeña
la potestad romana, ya ilusoria,
os deponen y os dan vuestros tiranos,
os imponen sus dioses... ¡oh, romanos!
¿qué os queda, qué, de la pasada gloria?
(Se adelanta agitada.)
¡Ah! Sí... allí... allí... por la llanura
de la Scitia lejana...
dibuja el horizonte en negra línea,
abarcando su anchura,
devastación voraz... La tramontana
impúlsala veloz... Alza fulmínea
montañas de humo y polvo... en su seno
con sorda furia contenida y fiera,
muge lejano el trueno...
del incendio la alumbra el resplandor...
¡venganza es justiciera!
¡cruel exterminio purificador!
Turbón fraguado en misteriosos climas...
llegan ya... cual torrente represado
los Alpes desbordando por las cimas,
inundan nuestro campo sonriente...
¡Helos ahí! ¿Dónde, oh Roma, el inspirado
consejo de tus cónsules prudente?
¿dónde la abnegación de que te ufanes
de tus sobrios guerreros ciudadanos?
¡Manlio! ¡Decio! ¡Camilo!... Vuestros manes
vagan allá... de una ciudad lejanos
que la riqueza honrando envilecida,
desdeña la virtud... Solo ampararte
podrán esclavos... Tu oro les convida
á la rapiña... ¿pensarás salvarte?
(Gritando.)
¡Dioses airados!... ¡El nublado estalla!
Con silencio de tumba
se entenebrece la ciudad... que calla...
La preñada balumba
con luz violácea el rayo esparce y raja...
Vorágine de viento y de agua zumba...
lanza peñascos... árboles desengaja...

¡Con estertor que horrísono retumba
la colina sagrada se desgaja!
¡¡Del Capitolio el templo se derrumba!!
SACERDOTISAS
¡El mundo esclavizado rompe su cautiverio!
¡Con la virtud, oh, Roma, has perdido tu imperio!
¡Tú justicia en la paz, tú eres fuerzas en la guerra,
oh Virtud, tuyo es solo el cetro de la tierra!

TELON

V.ª V.ª Noviembre 1910.

POLIZA N. 13 946